

BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN

CUENTOS



EL SAPO
LA CANDELA Y LA BUJIA
HISTORIA DE UNA MADRE
LOS CISNES SALVAGES

ETC

10

RAMÓN SOPENA

PROVENZA 95 BARCELONA

C. A. 56



00053640

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MÁS FOLCH

Barcelona 25 de febrero de 1918.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

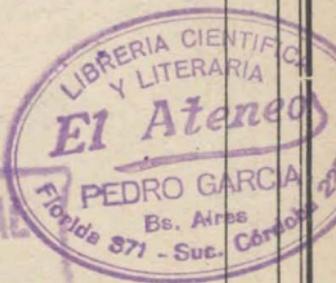
BIBLIOTECA SELECTA

ANDERSEN

: CUENTOS :

El sapo.
La candela y la bujía.
Historia de una madre.
Los cisnes salvajes.
Bajo el sauce.
La margarita.

29.118



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97

DERECHOS RESERVADOS

EL SAPO

Erase una vez un pozo muy profundo, con una sogá tan larga que llegaba hasta el fondo. Tirar de esta sogá era un trabajo penosísimo, y al que subía el agua apenas le quedaban fuerzas para poner el cubo en el brocal. Los rayos del sol, que gustosos se hubieran mirado en las claras aguas del pozo, nunca pudieron penetrar hasta el fondo. Entre las piedras mal unidas de las paredes, crecía el musgo en abundancia.

En el fondo habitaba una familia de sapos. La abuela, que aun vivía, fué a parar allí a su pesar. Brincando en el brocal, calculó mal el salto y cayó a las profundidades del pozo, donde encontró una familia de ranas verdes, que en seguida la reconocieron como prima hermana.

Allí dió a luz una hija que un día se vió metida en el cubo y salió a la superficie; pero deslumbrada por la luz del sol y medio loca dió un salto y cayó precipitadamente al fondo. A consecuencia de la caída estuvo tres días enferma con fuertes dolores en el costado. Nada le impedía haber faltado a la verdad contando, como hacen muchos, cosas maravillosas que no había visto; mas confesó lealmente que no había distinguido absolutamente nada. Pero no ocultó a sus compañeras que había podido cerciorarse de que el mundo no se reducía a aquel pozo, como hasta entonces había creído. La abuela hubiera podido hacer una descripción de lo que existía fuera del pozo; pero era prudente y no quería infundir ambiciones y deseos irrealizables en su familia hablán-

dole de los pantanos y estanques, donde había pasado los días de su juventud. Empleaban el tiempo murmurando unas de otras.

—¡Mira qué rechoncha y qué fea está mamá sapo! —decían un día dos ranas—. Sus sapitos serán tan horribles como ella.

—No digo lo contrario—replicó la mamá sapo, que había oído la crítica de sus convecinas—. Pero uno de mis sapitos tendrá en su cabeza una piedra preciosa, si no es que la tengo yo.

En efecto, no hay campesino, sobre todo en el Norte, que no sepa que algunas veces se encuentra en la cabeza de un sapo un hermoso diamante.

Las ranas menearon la cabeza, disgustadas por las palabras de mamá sapo, y se alejaron haciendo una mueca. Los sapitos, por lo contrario, se hincharon orgullosos como si estuviesen seguros de la posesión del diamante. Uno de ellos preguntó, al fin, qué era una piedra preciosa.

—Es una cosa magnífica, inapreciable. Mi elocuencia no alcanza a describirla como merece. Ella nos atrae el más vivo placer y la envidia general.

—No soy yo la que poseo esa piedra preciosa—dijo la más joven de toda la familia, que era capaz de dar un susto al miedo—. Y, por otra parte, no la deseo. No me gusta poseer lo que molesta y lastima a mis semejantes. Lo que sí me agradaría mucho, sería subir hasta el brocal del pozo y contemplar, aunque sólo fuera por un instante, lo que hay fuera de este pozo. Presiento que todo debe ser bello.

—No ambiciones abandonar este sitio, hija mía—replicó la abuela—. La vida que aquí llevas es muy regalada y tranquila, sin tener que guardarte más que del cubo. Procura no caer en él, pues no todos tendrán la suerte de escapar con un simple dolor de costado.

«¡ Cuac, cuac!», hizo la pequeñuela, lo que en el lenguaje de los sapos equivale a nuestra interjección : «¡ oh ! ¡ oh !»

Pero el deseo podía más que su voluntad y sólo pensaba en subir al brocal ; sentíase atraída por la luz sin conocerla. Al día siguiente, fué echado el cubo al pozo y se detuvo junto a la piedra donde estaba la pequeñuela. Un estremecimiento agitó todo el cuerpo de ésta, y, sin darse cuenta de lo que hacía, dió un brinco y fué a parar en medio del cubo, que fué subido en seguida.

Un mozo de labranza lo tomó del brocal y lo vació en una tina.

—¡ Oh !—exclamó al ver el sapo—. ¡ Hace tiempo que no veo ninguno de estos bichos asquerosos !

Y trató de aplastar con su enorme zueco al pobre animal ; pero el sapo supo escapar al peligro y logró esconderse entre las ortigas que había alrededor, y que



formaban como un toldo que no dejaba penetrar los rayos del sol.

El espectáculo que allí se ofrecía a su vista era encantador para el bichejo.

—¡Es esto mucho más hermoso que el pozo! De buena gana pasaría aquí toda mi vida.

Permaneció allí varias horas. Al fin se dijo:

—Puesto que he comenzado la aventura, debo explorar el nuevo mundo a que me he lanzado.

Y brincando lo mejor que pudo llegó hasta la polvorienta carretera, que estaba inundada de sol. Sólo atravesándola, el animalejo se había cubierto enteramente de polvo. Fué para él una nueva y nada agradable sensación. Apresuróse, pues, a llegar a un foso en el que brotaban miosotis e iris en abundancia; en la orilla había un vallado de espinos y saúcos, mezclados con árboles floridos. A su derredor revoloteaban preciosas mariposas. El sapo creyó que eran flores desprendidas de las ramas, que emprendían viaje para recorrer mundo, como le parecía muy natural.

—¡Qué feliz sería—pensaba—, si pudiese volar como esas lindas florecillas!

Ocho días con sus noches permaneció en el foso, donde encontró bueno y abundante alimento.

Al noveno día, se dijo:

—Vamos a otra parte.

No podía hallar otro sitio mejor; pero estaba deseosa de sociedad; quería vivir en familia con los de su especie o, por lo menos, con sus primas, las ranas verdes.

—En parte alguna puede ser la existencia más agradable que aquí—se dijo—. Pero, al fin y al cabo, la soledad, la Naturaleza desierta cansa por hermosa que sea. ¡Cuánto me gustaría ver algunos semejantes míos con quienes poder hablar!

Y se puso en camino. Atravesó varios campos y lle-

gó, por último, a un estanque, rodeado de juncos, y entró en él.

—Sea usted bienvenida—le dijo una rana—. Quizá hay aquí demasiada agua para usted; sin embargo, si le conviene vivir aquí, procuraremos por todos los medios hacerle agradable la estancia.

Y aquella misma noche fué convidada para una fiesta de familia. Los cantos eran monótonos; pero podía refrescarse a su sabor, lo que es un recurso precioso para el que no es aficionado a la música.

El sapo no quiso continuar allí; aspiraba a algo mejor, y prosiguió su camino. Acostumbrado ya a la luz, podía admirar el cielo estrellado y la hermosa luna llena. Pero lo que le dejaba extático era el sol, que veía elevarse en el espacio.

—¿Será ésto también un pozo, mucho más grande que el otro, pero pozo al fin?—pensaba—. ¡Oh! ¡cuánto daría por subir a ese hermoso espacio azulado! Este deseo me roe y atormenta.

Y, contemplando la luna, el pobre animalejo creía inocentemente que era un brillante cubo de cobre que iba a bajar a la tierra y al que podría saltar para subir a las alturas.

—No—pensó—; el cubo debe ser el sol y en él se subirá más alto. ¡Cómo brilla! ¡Ahora baja! Es preciso que esté alerta para saltar a él. Adoro la luz; a veces me parece que algo fulgura en mi cabeza. No puede brillar más la piedra preciosa de que hablaba mi abuela. No la poseo, ni la deseo. Todos mis anhelos son subir hacia la luz y anegarme en ella. ¡Vamos, coraje y adelante! Siempre en línea recta y sin retroceder nunca. ¡Cómo late mi corazón al emprender viaje tan largo!

Y empezó a dar saltitos con cuanta ligereza podía. Acertó a pasar por un lugar habitado y, para descansar, se detuvo en un huerto.

—¡ Cuántas maravillas descubro a cada paso! ¡ qué grande y magnífico es el mundo! Me alegro de veras de haber salido del pozo. ¡ Qué delicioso verdor y qué agradable frescura!

—¡ A quién lo cuenta usted!—le dijo una oruga, que estaba anidada en una col—. Este es el paraíso y mi hoja la mayor de todas. Puede envidiarme el resto del mundo.

«¡ Gluc, gluc!», se oyó de pronto. Era una bandada de gallinas que iban picoteando por el huerto. Una de ellas, tenía buena vista y distinguió a la oruga; se acercó a ella y de un picotazo la tiró al suelo. La gallina la estuvo mirando un rato, como si deseara saber en qué pararían sus contorsiones.

—Acabemos—se dijo, por fin.

Y adelantó el pico con intenciones de acabar con la oruga; pero el sapo, compadecido, dió un salto para acudir en su auxilio.

Asustada la gallina de aquella brusca aparición, echó a correr gritando:

—¡ Qué animal tan horroroso! Nada, renuncio a comerme la oruga. Tiene unos pelos largos que deben hacer cosquillas en la garganta.

—¿ Ha observado usted—dijo la oruga al sapo—mi serenidad? ¿ Se ha fijado con qué habilidad me he menado para librarme de ese monstruo? Pero no es esto todo; tengo que dar con la hoja de col que es de mi dominio y mi bien.

El sapo se acercó y felicitó efusivamente a la oruga por haber escapado a la muerte, regocijándose de que su fealdad hubiera espantado a la gallina.

—¡ Qué dice usted! Yo sola me he librado; mis contorsiones son las que la han asustado. Pero, en verdad, es usted repugnante. ¡ Ah! ya olfateo mi col. Vaya, abur, me vuelvo a mi hoja. En marcha, ¡ adelante!

—Sí, adelante, cada vez más arriba—dijo el sapo—. No está de buen humor la amiga, verdad es que la gallina la ha asustado; pero piensa como yo: ¡adelante siempre!

Levantó la cabeza y miró al cielo. En lo alto de un tejado vió una cigüeña, cerca de su nido, en el que estaba su compañero.

—¡Qué felices son—murmuró el sapo—, de vivir tan altas!

En la casa a que correspondía aquel tejado, vivían dos amigos, poeta el uno, naturalista el otro. El poeta cantaba con placer las maravillas de la creación, describiendo en sonoros versos la impresión que recibía su alma a la vista de las obras de Dios. El naturalista miraba las cosas de más cerca, a través del microscopio, y empleaba el escalpelo cuando era necesario. La creación no era para él más que un problema matemático. Mas era muy inteligente y poseía buen corazón. Los dos jóvenes, de carácter alegre, eran muy amigos, y en aquel momento paseaban por el jardín.

—¡Oh! — exclamó el naturalista al ver el sapo—. Magnífico ejemplar. Lo voy a poner en alcohol.

—Ya tienes dos muy parecidos a ése en tu museo—le dijo el poeta—. Deja en paz a ese pobre animal.

—¡Este es admirablemente feo!—repuso el otro.

—Si estuviéramos seguros de que encerraba en su cabeza un diamante—observó el poeta—, yo sería el primero en aconsejarte que lo abrieras.

—¡Un diamante! ¿Pero es posible que prestes crédito a esas patrañas?

—Encuentro un sentido profundo en la creencia popular de que el sapo, el animal más feo de la creación, posea en su cabeza una piedra preciosa. ¿No sucede, acaso, lo mismo con los hombres? Esopo, Sócrates, eran

casi monstruos de fealdad, y, sin embargo, su gènio brilló como el diamante más preciado.

Y los dos amigos prosiguieron su interrumpido paseo. El sapo, que sólo a medias había entendido la conversación, había escapado al peligro de morir anegado en alcohol.

En aquel momento se oyó un ruido bullicioso en el tejado. La cigüeña daba una lección a sus polluelos y, encogiéndose las alas, si así puede decirse, los mostraba a los dos jóvenes.

—¡Qué vanidosos son los seres humanos! — decía la cigüeña a sus hijos—. Escuchen ustedes cómo hablan sin cesar. Están orgullosos de su charla y de su facundia.

¡Hermoso lengua-

je! A la distancia de un día de vuelo no oyen nada. Nosotras, por lo contrario, oímos perfectamente, ora estemos en el Norte o en el centro de Africa. Además, no saben volar. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de los hombres? Ninguna, y ellos son felices cuando anidamos encima de los tejados de sus casas.



—¡ Oh! — exclamó el naturalista al ver el sapo—. Magnífico ejemplar. (Pág. 11.)

—¡ Cuánta sensatez hay en esas palabras!—dijo el sapo para sus adentros—. ¡ Y qué altas están ! ¡ Qué bien deben saber nadar !—añadió, viendo que el papá cigüeña se lanzaba al aire con sus alas abiertas.

La mamá cigüeña instruyó a su vez a sus hijuelos. Les habló de Egipto, del Nilo y de su cieno incomparable, cuajado de ranas.

—¡ Ah ! ¡ cómo me gustaría visitar ese país!—pensó el sapo—. ¡ Si una de esas cigüeñas me quisiera transportar allí ! ¡ Egipto ! ¡ Egipto ! ¿ Cómo llegar a él ? Soy feliz de aspirar al bien, a lo más bello, pues sin esto no habría salido jamás del pozo profundo. Mejor es esto que tener en la cabeza un diamante.

Sin embargo, poseía efectivamente la piedra preciosa. No era otra cosa que esta tendencia constante hacia la altura, hacia el bien. Dentro de su cabecita brillaba, en verdad, un reflejo mágico.

De repente, papá cigüeña, que lo había visto, se le echó encima y le asió bruscamente con su pico. El pobre animal sintió un vivo dolor ; pero, ¿ qué le importaba ? ¿ No iba acaso a llevarle a Egipto la cigüeña ? Sus ojos brillaban de alegría, despedían llamas.

La cigüeña apretó el pico. « ¡ Cuac, cuac ! » El sapo había muerto ; por lo menos, su cuerpo estaba sin vida. ¿ Dónde había ido a parar el fulgor de sus ojos ? Un rayo de sol lo había recogido, llevándose la piedra preciosa. ¿ A dónde ?

No se lo preguntes al naturalista sino más bien al poeta. Este te dirá que la oruga se convertirá en una hermosa mariposa de colores nacarados y alabastrinos ; que la cigüeña va y viene del Norte hasta el Africa por el camino más recto, sin necesidad de brújula ni de mapas, y siempre da con el tejado donde dejó su nido, aun en las más populosas ciudades. Esto es maravilloso,

al parecer increíble, pero es cierto. Pregúntaselo al naturalista, si no lo has observado.

Pero, ¿qué ha sido del sapo y de la piedra preciosa? Búscalos en el sol, si puedes.

Pero no podrás ; la luz solar es demasiado viva. Nuestra vista es muy deficiente aún para poder apreciar las maravillas que Dios ha creado. Pero llegará un día en que nuestra vista será perfecta y ese día será el más feliz de nuestra existencia.

LA CANDELA Y LA BUJIA

Ufanábase una bujía de lo elevado de su prosapia.

—Estoy hecha—decía—de la más pura cera que las abejas compusieron con el polen de las flores más bellas y me dieron forma en un molde. Ardo más tiempo y doy mejor luz que cualquiera otra y mi puesto es siempre una araña, un candelabro o un candelero de plata.

—¡Eres muy dichosa!—le replicó una candela—. Yo estoy compuesta de sebo, de la más humilde grasa de carnero y no me han formado en molde alguno. Estoy sencillamente adherida al pábilo, pero no me quejo; pues mi torcida la mojaron varias veces en el sebo, mientras que a las cerillas sólo las mojan dos veces. Estoy, en verdad, contenta con mi suerte. Desde luego que es más honroso ser de cera que de sebo, pero ya se sabe que el origen de uno no es de libre elección. Tú te das postín en un candelabro o en una araña; yo desemeño el destino para que he sido hecha en la cocina. No es la cocina un lugar despreciable; toda la casa, desde los amos a los criados, no podrían vivir sin la cocina.

—Comer es un detalle sin importancia en la vida—repuso la bujía—. La verdadera existencia es la de recepciones, visitas, saraos; brillar y ver brillar en el destino de los hombres y yo soy elemento necesario en esos espectáculos. Así, pues, en el baile de esta noche estaré en el salón con todas mis hermanas.

En efecto, vinieron a recoger la provisión de bujías, pero entre ellas se llevaron también la candela. La dueña de casa, una condesa de la más rancia nobleza,

la tomó entre sus manos delicadas y la llevó a la cocina. Allí había un niño con un cesto al brazo que la señora mandó llenar de patatas, frutas y una libra de manteca.

—Todo esto, hijo mío—le dijo la noble dama—, es para tu madre, así como esta candela. Tu madre trabaja hasta una hora muy avanzada de la noche y la candela le servirá.

La hija de la condesa, la condesita, que entraba en aquel momento, exclamó al oír las palabras «hasta una hora muy avanzada» :

—Yo también estaré levantada hasta muy tarde, pues tenemos un baile, y me pondrán un cinturón adornado con lazos de seda encarnada.

—¡ Ah ! El rostro de la niña estaba radiante de júbilo—dijose la candela—. No hay bujía que brille más que los ojos de las niñas.—Y agregó— : No olvidaré nunca ese fulgor de gozo. Jamás volveré a verlo.

En aquel momento la metieron en el cesto y el muchacho se la llevó, con los víveres que le habían dado.

—¿ Qué fin me aguarda ?—murmuró la candela—. Iré a parar a una casa de pobres donde no habrá ni un candelero de metal, mientras que la bujía se dará postín entre el oro y la plata y tendrá el honor de alumbrar a personas de alto copete. Así lo quiere el destino : soy de sebo y no de cera.

La candela fué llevada a un humilde cuartito que había frente al suntuoso edificio de que acababa de salir. Allí vivía en la mayor miseria una viuda con tres hijos.

—¡ Dios bendiga a la caritativa señora !—dijo la viuda—. ¡ Qué hermosa candela ! De seguro que me alumbrará hasta la media noche.

Cuando hubo anochecido, encendió la candela.

—«¡ Fit, fit !»—hizo chisporroteando con disgusto—.



—Todo esto, hijo mío — le dijo la noble dama—, es para tu madre, así como esta candela. (Pág. 16.)

¡Qué pésimas cerillas usan aquí! Apestan horriblemente.

En el palacio de enfrente encendieron también las bujías, que con su resplandor iluminaban la calle. Pronto resonó el estrépito de los carruajes que conducían a los invitados, y al poco rato se oyeron los acordes de la música.

—¡Ya empezó la fiesta! ¡Cómo radiará de júbilo el rostro de la condesita! Estoy seguro que sus ojos eclipsan el resplandor de la bujía que esta mañana se mostraba tan orgullosa de su luz. ¡Oh! no volveré a presenciar jamás semejante espectáculo.

En aquel momento entró en la habitación la criatura más pequeña de la viuda. Era también una niña muy linda. Besó a sus hermanos y les dijo con acento misterioso y regocijado:

—¡Esta noche comeremos patatas fritas con manteca!

El rostro de la condesita no irradió tanto júbilo cuando dijo que le pondrían un cinturón adornado con lazos de seda, como el de aquella niña al anunciar a sus hermanos la, para ellos, regalada cena.

—¿Tanta dicha es comer patatas fritas?—se preguntó la candela.

Estaba contentísima de haber vuelto a ver el fulgor de los ojos de la infancia, y chisporroteó para manifestar su satisfacción, como antes lo hiciera para significar su disgusto, pues las candelas no conocen otro lenguaje para dar a conocer sus sentimientos.

Se puso la mesa. ¡Qué festín fué para los niños las patatas fritas! ¡Y, para postre, una manzana por cabeza! Terminada la cena, la niña rezó la oración de acción de gracias:

—Señor, Dios nuestro, te damos las gracias por to-

dos tus dones y por tus bondades para con nosotros. Amén.

Y añadió después de un momento de silencio :

—¿Verdad, mamita, que he dicho bien mi oración esta noche?

—No debes pensar ni hablar de ti, sino únicamente de Dios que te ha proporcionado una cena tan apetitosa.

Poco después la viuda acostó sus tres hijos, que se durmieron arrullados por los besos de su madre. Luego ésta se sentó y se puso a trabajar hasta muy entrada la noche.

La buena mujer trabajaba afanosamente, pues era para alimentar y educar a sus hijos.

En los salones espléndidos de la suntuosa mansión de enfrente, continuaba la música alegre y el brillar deslumbrador de infinitas bujías colocadas en arañas y candelabros.

La luna vertía desde el cielo una luz que era igual para ricos y para pobres.

La candela pensó :

—La velada ha sido, ciertamente, muy divertida. Dudo muy mucho que la bujía desde su candelabro de plata o de su araña haya sido más feliz que yo en esta modesta casa, puesta en una palmatoria de barro. Me gustaría saberlo, antes de extinguirme para siempre.

En el momento de exhalar el último chisporroteo, notó, en una visión, los ojos de las dos niñas que brillaban con igual fulgor, a pesar de que la una estaba alumbrada por el vivo reflejo de una bujía y la otra por el modesto de una candela.

Y en esto se cifra todo el cuento.

HISTORIA DE UNA MADRE

La pobre madre estaba muy afligida junto a la cama de su hijito moribundo. La carita del niño tenía una palidez cadavérica y sus ojitos estaban cerrados. Su respiración era muy dificultosa; a veces parecía más bien un quejido. Empero la madre inspiraba más lástima que el enfermito.

De pronto llaman a la puerta y entra en la habitación un anciano, muy bien envuelto en una piel de caballo, que abrigaba mucho, pues el invierno era crudísimo. Afuera todo estaba lleno de nieve y el viento cortaba el rostro.

El pobre anciano tiritaba de frío, y como el niño acababa de dormirse por unos momentos, la madre se levantó y puso sobre la estufa un jarro de cerveza, para que se calentase el viejo. Este se sentó junto al enfermito y se puso a mecer la cuna. La madre ocupó a su lado una silla baja. Había tomado una de las manitas de su hijo, y le miraba más atentamente, pues su respiración se había hecho más fatigosa.

—¿Verdad que tú crees también que no lo perderé?—preguntaba la madre al viejo, que no era otro que la Muerte—. Dios no me le llevará.

El anciano hizo un gesto que lo mismo podía ser de afirmación que de duda. La madre inclinó la cabeza y ardientes lágrimas bañaron sus mejillas. Sintió luego pesadez, pues hacía tres días con sus noches que no dormía y se quedó dormida un instante, un minuto nada más, y se despertó sobresaltada y tiritando de frío.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó dirigiendo a todas partes su mirada angustiada.

El anciano había desaparecido llevándose al niño, pues la cuna estaba vacía. El reloj colocado en un rincón hizo un ruido espantoso; las pesas de plomo cayeron al suelo y después nada se movió; el reloj estaba parado.

La pobre madre se precipitó fuera de la casa llamando a grandes voces a su hijo.

En la calle encontró, sentada sobre la nieve, a una mujer vestida enteramente de negro.

—La Muerte—le dijo la mujer enlutada — ha entrado en tu casa. La he visto salir llevando en sus brazos a tu hijo. Va más veloz que el viento, y nunca devuelve lo que toma.



—¿Qué dirección ha tomado? Dímelo, y la encontraré.

—Sé el camino que ha seguido—repuso la mujer vestida de negro—; pero no te lo diré sin que antes me

cantes las mismas canciones con que arrullabas a tu hijo. Son muy bonitas y me gusta tu voz. Yo soy la Noche y muchas veces he oído tus canciones y he visto correr las lágrimas por tus mejillas mientras cantabas.

—¡ Ah ! sí, te las cantaré todas, pero en otra ocasión. Ahora no me detengas, quiero alcanzar a la Muerte y recuperar mi hijo.

La Noche no contestó palabra. Entonces la madre, retorciendo las manos y arrasados de lágrimas los ojos, se puso a cantar. Muchas canciones había, pero muchas más lágrimas que palabras.

Por fin la Noche le dijo :

—Ve a través del sombrío bosque de abetos. Por allí se fugó la Muerte con tu hijo.

La madre siguió la dirección que le indicó la Noche ; pero, a la mitad del bosque, el camino se abría en dos y no sabía cuál tomar. Ante ella había un zarzal sin hojas ni fruto ; grandes témpanos colgaban de sus ramas.

—¿ No has visto a la Muerte que se llevaba a mi hijo?—preguntó a una zarza.

—Sí—le contestó la zarza—, pero no te diré dónde puedes encontrarla, si no me calientas antes en tu seno. Me estoy helando, me vuelvo hielo irremisiblemente.

La madre estrechó a la zarza contra su pecho, en el que se clavaron las espinas abriéndole chorros de sangre. La zarza echó en seguida hojas y flores, pues tanto ardor había en el seno de la madre en aquella terrible noche de invierno.

En recompensa, la zarza le indicó el camino que debía seguir. Así llegó a la orilla de un lago, en el que no había puente ni barca para pasarlo. No estaba suficientemente helado para caminar sobre él a pie y era demasiado profundo para vadearlo. Sin embargo, era preciso atravesarlo para encontrar a su hijo. Desesperada la

madre, se echó al suelo, tratando de beberse toda el agua del lago; pero esto era imposible, y confiaba en un milagro de la piedad de Dios.

—No conseguirás lo que deseas—le dijo el lago—. Vamos, serénate y veamos si buenamente podemos llegar a un arreglo. Me gusta ver las perlas en mis profundidades, y tus ojos tienen cambiantes más bellos que las perlas más codiciadas. Si quieres que a fuerza de llanto se desprendan de tu rostro, te llevaré a mi otra orilla, donde está el gran invernadero, que es la morada de la Muerte. Allí cultiva sus árboles y flores; cada uno es la vida de un ser humano.

¡Oh! ¡qué no haría aquella madre por recuperar su hijo! Nadie hubiera creído que podía llorar más; sin embargo, lloró más amargamente que nunca y sus ojos saltaron de sus órbitas y cayeron al lago, donde se convirtieron en dos perlas que jamás poseyera ni hubiera visto reina alguna.

El lago entonces se levantó y con un solo movimiento de ondulación la transportó como en un columpio a la otra orilla, donde existía un palacio maravilloso que ocupaba una legua de superficie. De lejos no podía distinguirse si era una enorme montaña o una gigantesca obra de arte, pero la pobre madre no podía ver nada, pues había dado sus ojos al lago.

—¿Cómo podré ahora reconocer a la Muerte que me ha arrebatado mi hijo?—dijo en voz alta con acento desesperado.

—No ha venido todavía—le dijo una buena anciana que andaba por allí vigilando el invernadero y cuidando de las plantas—. ¿Cómo has podido dar con el camino que conduce hasta aquí? ¿Quién te lo ha indicado?

—Me ha ayudado Dios con su infinita misericordia. Tú también tendrás piedad de mí, ¿verdad? Dime ¿dónde está mi hijo?

—No le conozco, y tú, desgraciadamente, eres ciega. Aquí hay muchas plantas y árboles que se han secado esta noche, y de un momento a otro vendrá la Muerte para sacarlas del invernadero. Ya sabrás que aquí cada ser humano tiene un árbol o una planta, que representa su vida y su carácter y que muere con él. A simple vista parecen végetales; pero tocándoles se sienten los latidos de sus corazones. Guíate por esto y quizá por los latidos del de tu hijo lo encontrarás. ¿Y qué me darás si te digo lo que has de hacer después?

—Nada me queda ya que pueda darte—contestó la madre—; pero iré al último confín del mundo, si es preciso, para buscarte lo que más te guste.

—Fuera de aquí no deseo nada—replicó la vieja—. Tus hermosos y largos cabellos negros me gustan mucho; dámelos a cambio de los míos.

—¿No pides más que eso?—repuso la madre—. Tómalos, te los doy gustosa.

Y cortándose sus magníficos cabellos, que eran su mejor adorno en los días de su juventud, se los entregó y recibió en cambio los cortos y canosos de la anciana.

Entonces la tomó ésta de la mano y la condujo al gran invernadero, donde había una vegetación exuberante. Bajo campanas de cristal había delicados jacintos y muy cerca de éstos grandes peonías vulgares. Veíanse muchas plantas acuáticas, unas llenas de savia y otras ajadas, cuyas raíces estaban rodeadas de viscosas culebras. Más allá elevaban sus copas al cielo esbeltas palmeras, plátanos y robles; en otro lado había cuadros de perejil, de tomillo y hortalizas, emblemas del género de utilidad de aquellos de cuya vida eran símbolos. En varias macetas pequeñas, que parecía que iban a estallar, había grandes arbustos; en cambio en inmensas macetas había florecillas insignificantes, rodeadas de musgo y esmeradamente cuidadas. Todo esto represen-



Y cortándose sus magníficos cabellos, que eran su mejor adorno... (Pág. 23.)

taba la vida de los seres humanos que en aquel momento existían en la tierra, desde la China hasta la Groenlandia.

La anciana quiso explicar a la madre todas estas maravillas, pero ésta no quiso escucharla y le pidió que la condujese a donde estaban las plantas pequeñas. Tocábala emocionada, y cuando había palpado más de mil, sintió al fin los latidos del corazón de su hijo.

—¡ Aquí está !—exclamó haciendo ademán de arrancar un pequeño azafrán que estaba inclinado a un lado y casi mustio.

—¡ Déjalo donde está !—le dijo la anciana—, y espera. Cuando venga la Muerte le prohíbes que arranque esa flor, amenazándole con destruir todas las plantas que hay alrededor. Ella se intimidará porque es responsable de sus actos y ha de dar cuenta a Dios. No la tocará porque no puede hacerlo sin permiso de Dios.

En este momento un frío glacial azotó el rostro de la ciega y adivinó que la Muerte se acercaba.

En efecto, era la Muerte la que llegó.

—¿Quién te ha enseñado el camino para llegar hasta aquí?—preguntó a la madre—. ¿Cómo te me has anticipado? Dime cómo te las has arreglado.

—¡ Soy madre!—fué la única contestación de la madre.

La Muerte extendió su larga y descarnada mano para arrancar el azafrán.

Pero la madre tenía la flor entre sus manos y la defendía cuidando de no estropear sus delicados pétalos. La Muerte sopló entonces en las manos de la madre, que las dejó caer al contacto de aquel hálito más frío que el viento más riguroso del invierno.

—¡ Nada puedes contra mí!—le dijo la Muerte.

—Pero estás sometida al poder de Dios—replicó la madre.

—Es cierto, pero obro conforme a sus mandatos. Soy su jardinero, y cuando estas plantas no crecen aquí, las transporto a otros jardines, uno de los cuales es el del Paraíso. Son regiones desconocidas, cuyos misterios no puedo revelar.

—¡ Piedad, piedad!—exclamó la angustiada madre—. ¡ Déjame mi hijo, no me vuelvas a privar de él ahora que lo he encontrado!

La Muerte permaneció sorda a los gemidos y súplicas de la desventurada madre. Entonces ésta asió dos flores de las más bellas, y dijo encarándose a la Muerte:

—Puesto que eres insensible a mis ruegos, arrancaré no sólo estas flores, sino todas las que hay alrededor. ¡ Tú me desesperas!

—¡ Déjalas, no las lastimes!—gritó la Muerte—. ¡ En nombre de tu desgracia quieres destrozar el corazón de otra madre!

—¡ Otra madre!—repitió la pobre ciega, y soltó las flores.

—Toma—prosiguió la Muerte—, son tus ojos. Brillaban con un fulgor tan puro en el fondo del lago, que me decidí a tomarlos, sin saber que eran tuyos. Póntelos y mira al fondo de este pozo. Reflejada en el agua verás la suerte que estaba reservada a estas flores y la que aguardaba a tu hijo si aun viviese.



Obedeció la madre y vió pasar imágenes de felicidad y alegría primero, y luego horriblas escenas de miseria, luto y desesperación.

—Lo que ves—le dijo la Muerte—, es la voluntad de Dios.

—Pero en lo que miro no distingo lo que se reservaba a mi hijo.

—Ni yo puedo decirte otra cosa sino que en lo que has visto, está lo que en el mundo espera a tu hijo.

La madre cayó de rodillas, y extendiendo sus ma-

nos suplicantes hacia la Muerte, le dijo :

—¡ Oh ! te lo suplico, dímelo : ¿ verdad que son esos

horrores a los que está destinado? ¡Habla! ¿No me respondes? ¡Oh! en la duda, prefiero que te lo lleves; no quiero que corra el peligro de sufrir semejantes desgracias. Amo a ese ángel más que a mí misma. Sean para mí todas las penas. Llévatelo al reino de los Cielos y olvida mis lágrimas, mis súplicas, todo cuanto he dicho o hecho.

Y torciendo las manos fijó sus ojos en el cielo, y elevó al Todopoderoso esta plegaria:

—No me escuches, Señor, si en el paroxismo de mi dolor reclamo contra tu voluntad, que siempre hace lo conveniente. ¡No me escuches, desatiéndeme!

Y agobiada por el pesar, inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entretanto, la Muerte trasplantó la flor de azafrán al jardín del Paraíso.

LOS CISNES SALVAJES

I

En aquellos lejanos países donde vuelan las golondrinas cuando es invierno en los nuestros, había un rey que tenía once hijos y una hija, de nombre Elisa. Los once varones eran príncipes hasta cuando asistían a la escuela, pues llevaban siempre la espada al cinto y en el pecho una placa de brillantes. Servíanles de pizarras planchas de oro, y como leían de corrido y aprendían bien de memoria, el maestro les proclamaba genios, sin que por ello se lastimase su conciencia. Elisa no frecuentaba la escuela; permanecía sentada en un escabel de cristal, examinando las láminas que ex profeso para ella habían dibujado los artistas más hábiles del reino y que por sí solas hubieran bastado para comprar un magnífico palacio y vastas posesiones con prados y selvas.

Los niños, pues, vivían muy contentos, pero esta alegría duró poco tiempo. Su padre contrajo segundas nupcias con una princesa en extremo hermosa, pero de un carácter infernal. Desde el primer día sintió una profunda aversión hacia los niños, y se ensañó en ellos, sin que se pudieran dar cuenta del aborrecimiento de su madrastra.

Mientras, con motivo de la boda, todo era movimiento y alegría en palacio, los príncipes hacían en el jardín el juego de la visita y la merienda. Antes les daban para este juego los pasteles y frutas que habían quedado de la comida; pero esta vez la madrastra les dió un plato lleno de arena, diciéndoles:

—Puesto que sólo es para jugar, pueden ustedes hacerse la ilusión de que esta arena representa todas las golosinas.

A la semana siguiente envió a la princesa a vivir en casa de unos pobres campesinos. En cuanto a los príncipes, les calumnió de tal modo ante el rey, que éste no volvió a ocuparse de ellos ni quiso siquiera verlos.

Entonces, la malvada reina, que era hechicera, les hizo un conjuro y, previos todos los signos requeridos, les dijo :

—Vuelen ustedes muy lejos de aquí, convertidos en grandes aves sin voz y búsquense su propio sustento.

No pudo, empero, causarles todo el mal que deseaba ; se transformaron en magníficos cisnes salvajes, y lanzando un grito singular salieron por las ventanas de palacio, pasaron por encima del parque, y se detuvieron en él.

Alboreaba cuando pasaron por encima de la cabaña donde habitaba su hermana Elisa. Esta dormía en aquel momento, y por más que revolotearon por encima de la cabaña, batiendo sus alas ruidosamente, no consiguieron despertarla, y tuvieron que alejarse bajo la influencia del encantamiento. Se elevaron hasta las nubes y volaron lejos, muy lejos, hasta un bosque sombrío, junto a las playas del Océano.

Elisa se despertó y salió de la choza para recoger flores y hierbas, que eran sus únicos juguetes. Con una espina agujereó una hoja y se puso a mirar al cielo a través del diminuto agujero. Creyó ver los grandes y brillantes ojos de sus hermanos, y cada vez que la brisa acariciaba sus mejillas se acordaba de los besos que ellos le daban.

Estos recuerdos la ocupaban en la monótona uniformidad de su vida. Creció y llegó a ser una joven encan-

tadora. Cuando el viento pasaba rozando las vistosas rosas del jardín, murmuraba :

—¿Hay en el mundo algo más hermoso que ustedes?

—Elisa es más hermosa—contestaban las rosas inclinándose sobre sus tallos.



...agujereó una hoja y se puso a mirar al cielo... (Pág. 29.)

Los domingos, la buena campesina que la guardaba leía su devocionario a la puerta de su cabaña, y el viento le volvía las hojas, preguntando :

—De seguro que nada hay más piadoso que ustedes.

—Elisa es más piadosa todavía—respondían las hojas del libro.

Cuando la princesa hubo cumplido los quince años de edad, la condujeron de nuevo a palacio, y el odio de su madrastra se hizo furioso al contemplar

la extraordinaria belleza de la joven. Hubiera querido transformarla en cisne, como a sus hermanos ; pero no se atrevió a hacerlo, porque el rey había manifestado su deseo de ver siempre junto a sí a su hija.

A la mañana siguiente, la reina entró en la sala de baño, construída de mármol de color de rosa, rodeada

de blandos cojines y cubierta de ricas alfombras, llevando en sus manos tres horribles sapos. Los besó y dijo al primero :

—Cuando Elisa venga a bañarse, te pondrás encima de su cabeza, para que se vuelva estúpida como tú.

Al segundo le ordenó que se posase en el rostro de la princesa, para que se hiciese tan horrible como él, de tal modo que su padre no pudiera reconocerla.

—Tú—dijo al tercero—, te pondrás sobre su corazón para que sus pensamientos se hagan malos y quiera hacer todo el daño posible ; pero, como será idiota, nada podrá y esto la desesperará.

En seguida echó los animales en la límpida agua, que adquirió un tinte verdoso. Luego llamó a Elisa y le ordenó que se bañase. Obedeció la princesa y los sapos cumplieron con lo que se les había mandado ; cuando la joven estuvo en el agua, uno se metió entre sus cabellos, otro se posó en su frente y el tercero en su seno. La princesa pareció no haber sentido el repugnante contacto de los bichos, y cuando sacó la cabeza del agua, tenía en el rostro tres encendidas amapolas. Si los animales no hubiesen sido venenosos y no hubieran recibido un beso de la hechicera, se habrían convertido en bellas rosas. Forzosamente debían convertirse en flores, puesto que habían tocado a la princesa, y ésta era demasiado piadosa e inocente para que la hechicera tuviera poder sobre ella.

Cuando la mala madrastra vió esto, restregó a la princesa con el jugo de corteza verde de nuez, hasta que ennegreció el cutis de la joven, la untó el rostro con una pomada que encogía las facciones y le desgrenó los cabellos. Así, el aspecto de la princesa era el de una horrible fregona.

En este estado, la desnaturalizada madrastra la condujo a presencia del rey, que quedó horrorizado y de-

claró que aquélla no era su hija. Nadie pudo reconocerla sino un perro y algunas golondrinas, cuyos nidos, formados entre las columnas de palacio, había impedido ella, siendo pequeña, que fuesen destruidos. Pero eran animales, y nada podían hacer en favor de ella.

La desgraciada Elisa lloró amargamente cuando se vió rechazada por su padre. No tenía más esperanza que sus hermanos; pero éstos hacía tiempo que se habían ausentado de palacio y nadie sabía su paradero. Profundamente afligida abandonó la real morada, y caminando a través de los campos, llegó por la tarde a la entrada de un bosque. Había andado sin rumbo fijo, diciéndose que continuando siempre adelante encontraría a sus hermanos que, sin dūda, estarían recorriendo el mundo.

Anocheció, y Elisa seguía andando; pero, al fin, la obscuridad no le permitió distinguir los caminos y hubo de echarse en una alfombra de musgo, donde se durmió, después de haber rezado sus oraciones. El silencio era absoluto y suave la brisa; entre las hierbas y los matorrales brillaban con verdusco fulgor centenares de gusanillos de luz.

Sonó con sus hermanos. Los vió, como en un tiempo, pequeñitos, y después de haber jugado con ellos les llevó a enseñarles sus láminas, que tanto dinero les habían costado. Luego escribieron en sus planchas de oro, no palotes, como cuando asistían a la escuela, sino la relación detallada de cuanto habían visto y de sus propias hazañas. Todas las figuras del libro se animaron; los hombres y los animales que había pintados en sus hojas salieron y empezaron a cantar y bailar con gran alegría de Elisa y de sus hermanos. Cuando volvía la hoja, se apresuraban a saltar para recuperar su puesto en la lámina.

Al despertarse Elisa, vió que el sol estaba ya muy al-



Se bañó luego, y cuando hubo salido del lago, una vez peinados sus dorados cabellos, recuperó su esplendorosa hermosura. (Pág. 33.)

to, aunque, mejor dicho, no podía verlo porque las espesas ramas de los árboles formaban un toldo sobre su cabeza; empero los rayos del sol daban a las hojas un reflejo de oro; el aire que embalsamaba las selváticas emanaciones era purísimo. Doquiera oíanse los gorjeos de los pájaros, y, cuando éstos callaban, Elisa oía el murmurio de varios arroyuelos que se deslizaban hacia un lago.

Siguiendo el curso de uno de los arroyos, llegó a orillas del lago; alzábanse alrededor de éste, sauces y juncos, excepto en un punto en que los ciervos habían abierto un boquete para poder beber. La princesa atravesó el lago y vió a sus pies un agua clarísima y en el fondo la arena más fina. La superficie del lago era tersa como un espejo en el que se reflejaban las ramas y las hojas.

De repente, Elisa vió reflejado su rostro en las límpidas aguas del lago y quedó horrorizada de su propia negrura. Lavóse entonces y volvió a reaparecer el brillo de su blanquísimo cutis. Se bañó luego, y cuando hubo salido del lago, una vez peinados sus dorados cabellos, recuperó su esplendorosa hermosura.

Anduvo por la selva sin dirección fija, pensando que Dios no la abandonaría y que encontraría a sus hermanos. En efecto, Dios que hace crecer las piñas silvestres para los que tienen hambre, la hizo ver un árbol cargado de la sabrosa fruta.

Comió de ella. Como siempre había sido buena y compasiva, buscó algunas ramas muertas y con ellas apuntaló las que estaban dobladas por el peso de la fruta, y prosiguió su camino. Llegó al punto más sombrío del bosque. Era tan completo el silencio que percibíase claramente el liviano crujido de la hoja seca que hollaba con su pie. No se veía pájaro alguno y el sol no penetraba a través de la enramada enlazada con inextricable confusión. Los grandes árboles estaban tan apiñados que de lejos parecía una verja.

Hasta entonces el deseo vehemente de encontrar a sus hermanos había sostenido el valor de Elisa; pero aquella soledad y aquella obscuridad profunda la asustaron. Llegó la noche y no había ningún gusanillo de luz. Se tendió en el suelo, desconsolada, para dormir. Creyó ver en sueños al Omnipotente que entreabría el



ramaje que la ocultaba el cielo, y que la miraba amorosamente; los angelitos se columpiaban a su alrededor y se sonreían con bondad.

Este sueño la dió tantos ánimos, que al despertarse al día siguiente, no sabía si había sido una visión o bien la realidad.

Prosiguió su camino y al fin encontró un ser humano. Era una vieja que llevaba un cesto lleno de murtones de los que la ofreció. Elisa los aceptó y preguntó

a la anciana si no había visto nunca en la selva once príncipes todos igualmente bellos.

—No—contestó la anciana—, pero vi ayer once cisnes con coronas de oro que nadaban en el río.

Y condujo a Elisa a una explanada que servía de orilla a un riachuelo; a una y otra orilla los sauces y los alisos se unían formando un bonito emparrado.

Elisa se despidió de la anciana y siguió el curso del riachuelo, que desembocaba en el mar. La inmensidad del Océano se extendía tan lejos como abarcaba la vista; pero no se divisaba ni una barca ni una vela. ¿Cómo atravesarlo? Una inmensa cantidad de guijarros redondeados y alisados por las ondas cubrían la arena de la playa. Todo lo que allí se veía, el hierro, el cristal, las cosas más duras, habían sido pulidas por las olas que eran, sin embargo, más suaves que las delicadas manos de la princesa.

—Comprendo la enseñanza que de esto se desprende—se dijo—. El esfuerzo infatigable lo vence todo; no hay dureza que no pueda ablandarse a fuerza de tiempo. Haré como las olas, buscaré incesantemente, y al fin, me lo dice el corazón, acabaré por encontrar a mis hermanos.

De pronto, distinguió entre las plantas marinas plumas de cisne; había once; las reunió y formó con ellas un ramillete. Las gotas de rocío que había en ellas, ¿eran agua o eran lágrimas?

En toda la playa no había un ser viviente, pero no experimentaba temor alguno, tan bruscos y sorprendentes son los cambios que presenta el mar. Cubrióse el cielo, ensombrecióse el mar, el viento sopló con violencia y las olas se encresparon coronadas de espuma. Al crepúsculo vespertino las nubes adquirieron un matiz purpúreo y cesó la tempestad; la inmensa sábana de agua parecía una ingente mole de mármol, rosa prime-

ro y luego de esmeralda. No había ya la más leve brisa, pero la masa de agua seguía elevándose y descendiendo como el pecho de un niño dormido.

Elisa había contemplado extática este espectáculo. En el momento en que el sol iba a desaparecer, hete que once hermosos cisnes con coronas de oro hendían el aire con dirección hacia tierra formando una fila que se podía tomar por una ondeante cinta blanca. Elisa se ocultó detrás de la maleza. Los cisnes tomaron tierra muy cerca de ella y agitaron sus alas en señal de alegría.

Tan pronto como el sol se hubo puesto, cayeron todas las plumas, y Elisa vió once hermosos príncipes, sus hermanos queridos. Lanzó un grito de júbilo, porque sentía que debían ser sus hermanos, a pesar de lo que habían crecido y cambiado en el tiempo transcurrido desde que la separaron de ellos, y corrió hacia los príncipes, abrazándolos y llamando a cada uno por su nombre. Ellos reconocieron también a su hermana adorada.

¡Qué de caricias y alegrías! Lloraban y reían al mismo tiempo. Cuando ella les hubo contado cómo había llegado hasta allí, ellos le explicaron el encantamiento a que los había sometido su cruel madrastra.

—Mientras el sol brilla en el horizonte—dijo el mayor—, tenemos la forma de cisnes salvajes; pero en seguida que se pone recobramos nuestro ser propio. Por eso hemos de tener mucho cuidado de tomar tierra antes que el sol desaparezca, pues si esto sucediese mientras estamos volando en las nubes, seríamos precipitados abajo. No residimos aquí, sino en un país magnífico allende los mares, distante dos días enteros de vuelo veloz. En el trayecto no hay un pedazo de tierra donde posar el pie; pero a mitad de camino sobresale un arrecife, donde pasamos la noche. Es muy reducido, pues apenas podemos estar, muy juntitos los unos a los otros, y cuando las olas están agitadas nos salpican de espu-

ma. Sin embargo, damos gracias a Dios por haber dejado subsistir ese refugio, pues sin él no podríamos volver a ver nuestra patria ; y aun para esto debemos aprovecharnos de los días más largos del año, porque la travesía es muy larga. Así, pues, sólo podemos venir una vez al año y nada más que por once días. Pasamos por encima de la gran selva que has atravesado y contemplamos desde lejos el palacio donde hemos nacido, en el que vive nuestro padre y la torre de la catedral, en que nuestra madre reposa. Valen mucho más que éstos los árboles y



¡Qué de caricias y alegrías! Lloraban y reían al mismo tiempo. (Pág. 36.)

las flores del país que habitamos ; pero es para nosotros una gran alegría volver a ver estos campos ; oímos con placer a los carboneros cantar las antiguas canciones a cuyo son bailábamos en nuestra niñez, y seguimos con la vista a los potros que retozan por los prados como nosotros en nuestra infancia. En una palabra, es nuestra

patria y, además, atraíanos más que nada la esperanza de hallarte, hermana querida. Hace diez días que llegamos y, por lo tanto, sólo uno nos queda de permanencia aquí. ¡Y no podemos llevarte con nosotros! No tenemos buque ni barca.

—¡Oh! ¡si yo pudiera librar a ustedes de su encantamiento!

Continuaron hablando hasta muy entrada la noche, hasta que por fin, Elisa, rendida por el cansancio, se durmió a su pesar. La despertó el ruido de las alas; los príncipes habían vuelto a ser cisnes y se elevaban en el aire, cerniéndose en círculo, hasta que, al cabo, desaparecieron. Pero sí quedó uno, el más joven, que posó su cabeza en el regazo de su hermana y ésta le acarició las alas, y aunque él estaba privado del uso de la palabra, se entendieron perfectamente todo el día. Por la tarde regresaron sus hermanos y desde el crepúsculo recobraron su forma humana.

—Mañana hemos de marcharnos—dijo el mayor—, y nuestra ausencia durará un año. Pero no queremos dejarte aquí abandonada. ¿Tendrás valor para venir con nosotros? En este instante, en que soy hombre, te llevaría en mis brazos a través de la selva, pues eres ligera y delicada; y después, cuando seamos cisnes, entre todos sabremos alzarte a fuerza de alas y transportarte por encima de los mares.

—¡Qué felicidad!—repuso Elisa—. Seguiré a ustedes a donde quieran llevarme.

Y emplearon toda la noche en tejer una grande y resistente hamaca con juncos y mimbres. Elisa se echó en ella y cuando hubo salido el sol, y por tanto sus hermanos se habían convertido de nuevo en cisnes, agarraron con sus pies la hamaca y se elevaron hasta las nubes, llevando en ella a su hermana que aun dormía. Cuando uno de los que sostenía la hamaca estaba can-

sado, era reemplazado por otro. Para que los rayos del sol no le diesen en la cara, uno de los cisnes volaba siempre encima de su cabeza, guareciendo con sus alas el rostro de su hermana.

Cuando Elisa se despertó, estaban ya muy lejos de tierra firme. En el primer momento creyó la joven que continuaba soñando al verse suavemente mecida en el espacio. Al alcance de su mano había una rama de árbol cuajada de sabrosos frutos y un manojo de raíces nutritivas. Los había tomado el menor de sus hermanos pensando que Elisa tendría hambre en el camino; este cisne era también el que volaba sobre la cabeza de la princesa para guarecerla con sus alas de los rayos solares. Ella lo reconoció, a pesar de que todos eran parecidos y le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

Estaban tan altos, que los buques de mayor porte parecíanle gaviotas que se cernían sobre las aguas. Hubo un momento en que una nube compacta se puso detrás de ellos como una montaña; Elisa vió reflejarse en ella con proporciones gigantescas su sombra y la de sus hermanos, y este espectáculo la distrajo mucho. Pero una ráfaga de aire disipó la nube y el cuadro.

Los cisnes no cesaron de volar un instante en todo el día, y sus alas hacían el ruido de una nube de flechas silbando al cortar el aire; mas como llevaban a su hermana no iban con su rapidez acostumbrada. Se acercaba la noche, y Elisa veía con inquietud bajar el sol a su ocaso, sin que apareciese el arrecife solitario donde debían pernoctar.

Le pareció que los cisnes aumentaban los movimientos de sus alas, y se dijo:

—¡Ay! Yo tengo la culpa de su retraso. Si el sol se oculta antes de que hayamos llegado al arrecife, caerán al mar y perecerán irremisiblemente.

Y desde el fondo del alma elevó una plegaria al Dios

misericordioso. Empero el arrecife salvador seguía invisible. A su espalda estalló una tempestad que se aproximaba a ellos; las nubes formaban una enorme masa mitad negra, mitad gris sucio, como plomo derretido, de la que salían relucientes relámpagos.

El sol besaba ya las aguas y Elisa sintió su corazón oprimido por la angustia; pero hete que los cisnes empezaron a descender tan rápidamente hacia el mar, que se creyó precipitada. Luego, se cernieron un momento y al cabo vió el arrecife que no parecía mayor que la cabeza de una foca saliendo del agua. El sol seguía ocultándose y apenas se veía ya de él una partícula del tamaño de una estrella. En este momento sintió Elisa que su pie tocaba tierra. Desaparecieron los últimos resplandores del sol como pavesas de papel consumido por el fuego.

Entonces vió a sus hermanos en su primitivo ser, apretados a su alrededor sobre el estrecho arrecife en donde apenas había lugar para ellos. Las olas se rompían violentamente contra la tierra y salpicaban gotas que pasaban por encima de sus cabezas. La tempestad los había alcanzado; las nubes estaban enrojecidas e inflamadas y el fragor del trueno apagaba el ruido furioso del oleaje. Elisa y sus hermanos se mantenían agarrados de las manos y elevaban al Cielo fervorosos salmos invocando el socorro de Dios contra los furiosos de los elementos.

Al despuntar el día se calmó la tempestad; el aire era puro y fresco; y en seguida que lució el sol, los príncipes, convertidos de nuevo en cisnes, se elevaron llevando a Elisa como la víspera. El mar seguía agitado, no obstante haber cesado el vendaval, y visto desde las alturas, la espuma blanca que lo cubría, producía el efecto de millares de cisnes que jugueteaban en las verdosas olas.

Cuando el sol estuvo ya alto, Elisa distinguió delante de sí un extenso país montañoso. Masas brillantes de hielo cubrían las rocas, sobre las que se elevaba un palacio inmenso, cuya fachada medía una legua y la formaban una serie de arcadas y columnas atrevidamente superpuestas. Alrededor había bosquecillos de palmeras y flores, del tamaño de ruedas de molino.

Creyó Elisa que era aquél el país a donde se dirigían y exteriorizó en alta voz su viva alegría; pero sus hermanos hicieron con la cabeza una señal negativa. En efecto, el palacio que había visto Elisa no era otra cosa sino la mansión de la hada Morgana, en la que ningún ser humano había penetrado jamás. Mientras la joven contemplaba aquella aparición, se disiparon de repente las montañas, el palacio y los bosques, para ser reemplazados por veinte grandes catedrales, muy parecidas unas a otras; sus torres se elevaban hasta las nubes más altas. Elisa creyó oír los acordes del órgano; pero el sonido que percibía era el producido por las olas que habían recobrado su movimiento regular. Se hubiera dicho que un genio había hecho desaparecer los soberbios edificios con un soplo. Hubo otro cambio de decoración: una inmensa nave, con todas las velas desplegadas, parecía adelantar para desaparecer en seguida.

Distraída así de continuo por estos maravillosos espectáculos, distinguió al fin el país a que iban.

Primero, verdes colinas cubiertas de cedros y otras esencias rodeaban los más fértiles valles, cuajados de ciudades y quintas de recreo; en el fondo enhiestas montañas se destacaban sobre el purísimo azul del cielo.

Esta vez tocaron tierra un poco antes de la puesta del sol. Los cisnes colocaron a su hermana sobre una roca cubierta de musgo, a la entrada de una cueva que adornaban plantas trepadoras. El interior estaba dispuesto para ser habitado. Cuando los príncipes hubie-

ron recobrado su prístino estado, entraron en la cueva.

—Ya nos dirás lo que hayas soñado esta noche, después de las emociones del viaje—dijo a Elisa el más joven de los príncipes.

—El Cielo me conceda un sueño que me enseñe el



modo de librar a ustedes del encantamiento que les tiene sujetos—repuso Elisa.

Absorbida por esta idea, rogó a Dios con tal fervor, que aun dormida continuaba orando. Soñó que era arrebatada de nuevo por los cisnes y conducida al país de la hada Morgana, que salió a su encuentro para recibirla. La hada era hermosa y fulguraba con una juventud eterna; empero los rasgos de su fisonomía tenían mucho parecido con el semblante de una mujer anciana, precisamente con el de la misma vieja que le había regalado murtones en la selva y hablado de los once cisnes con corona de oro.

Como si respondiese al pensamiento de Elisa, le dijo la hada :

—Es posible libertar de su encantamiento a sus hermanos. Pero, ¿tendrás el valor y la constancia que son absolutamente necesarios? Dirás que el agua del mar es más suave que tus delicadas manos y que alisa las piedras más duras, pero no experimenta los dolores que sufrirán tus débiles dedos ; no tiene un corazón que pueda sentir las angustias y los dolores que tú tendrás que soportar. ¿ Ves esta ortiga que tengo en la mano? Pues de la misma especie hay muchas en los alrededores de la cueva que habitas ; sólo esta clase de ortigas y las que crecen sobre las sepulturas de los cementerios pueden servirte, no lo olvides. Tendrás que tomar grandes cantidades y tus manos se cubrirán de picaduras ardientes y ampollas dolorosas ; si las trituras con tus pies, obtendrás un sólido cáñamo con el que has de tejer túnicas de anchas mangas. Cuando las tengas terminadas cubres con ellas a los cisnes y desaparecerá al momento el encantamiento. Pero ten en cuenta que desde que empieces este trabajo hasta que lo acabes, no has de pronunciar ni una palabra, aunque pasen años enteros. De lo contrario, el primer sonido que saliese de tus labios heriría como un puñal a todos tus hermanos en el corazón. La vida de ellos depende de tu silencio. Piensa bien en todo esto.

A estas palabras la hada agitó la ortiga que tenía en su mano y la planta brilló como una tea, cuyo resplandor deslumbró a Elisa y la despertó. Era ya día claro. A su lado brotaban ortigas iguales a las que vió en su sueño. Se puso de hinojos y dió fervientes gracias a Dios porque había oído su plegaria. Luego salió de la cueva para empezar su trabajo.

Encontró gigantescas ortigas que al arrancarlas quemaron sus delicadas manos como si tocase fuego ; sus

manos y sus brazos se cubrieron de grandes ampollas ; su piel ardía ; pero soportaba con placer el dolor, sabiendo que así podía destruir el encantamiento que causaba la desgracia de sus hermanos. Cuando había arrancado las hojas, las trituraba con sus pies desnudos, que en seguida se inflamaban también, y con los filamentos comenzó a tejer una túnica.

Sus hermanos regresaron a la cueva cuando el sol se hubo puesto y la preguntaron si no se había aburrido, en qué había empleado el tiempo y qué había visto. A sus preguntas no contestó la joven. Los príncipes quedaron aterrados. Elisa había enmudecido, sin duda por un nuevo sortilegio de su malvada madrastra. Pero, cuando vieron sus manos y el trabajo que hacía, comprendieron que aquello era para libertarlos de su encantamiento. El menor de ellos besó llorando aquellas manos lastimadas, y donde caían sus lágrimas desaparecían las ampollas. Elisa continuó su trabajo hasta una hora muy avanzada de la noche ; su alma no tendría reposo hasta que hubiese terminado su tarea. Por la mañana los cisnes volvieron a partir ; y aunque Elisa estaba sola, lejos de aburrirse, nunca le había parecido más corto el tiempo. Había acabado ya una túnica y empezado otra.

De pronto, el sonido de una gran bocina en las montañas próximas sobresaltó a la joven ; oyó ladridos de una jauría. Temblando de miedo, se refugió en la cueva, lió las ortigas que había arrancado y triturado y se sentó encima. Un momento después, un perro enorme llegó a la entrada de la cueva y luego otros varios ; ladraron furiosamente, se marcharon y regresaron en seguida con todos los cazadores. El más hermoso de todos era el rey del país.

Este se aproximó a Elisa ; en su vida había visto una joven más graciosa y seductora, y le dijo :

—¿Cómo has venido a esta soledad, ángel de belleza?

Elisa meneó la cabeza, pues no podía proferir palabra sin causar la muerte de sus hermanos, y ocultó sus manos debajo de su delantal para que el rey no viese que las tenía llenas de ampollas.

—Vente con nosotros—prosiguió el rey—. No estás bien en esta soledad, y si eres tan buena como hermosa, te daré vestidos de seda y terciopelo y pondré en tus sienes una corona de oro. Serás la reina de este país, y habitarás en el palacio conmigo.

Y esto diciendo, la asió suavemente y la colocó en la grupa de su caballo. Elisa lloraba y le dirigía miradas suplicantes.

—No quiero más que tu felicidad—añadió el rey—, y algún día me darás las gracias.

Y montando a caballo, emprendió el regreso hacia su real morada con todo su numeroso séquito.



Al atardecer divisaron los centenares de torres, cúpulas y el templo de la gran capital del reino. El rey entró en el patio de su palacio, bajó del caballo a la joven y la condujo a través de salas de mármol que surtidores de agua mantenían frescas y en cuyas paredes brillaban soberbios mosaicos. Elisa no miraba nada; permaneció insensible a la riqueza y suntuosidad de las habitaciones; no cesaba de llorar copiosamente. No se opuso, empero, a que la vistiesen las camaristas de honor; perlas y brillantes brillaron en sus dorados cabellos; guantes finísimos cubrieron sus manos laceradas por las ortigas. Cuando apareció en la corte así ataviada, parecía radiante como un astro; todo lo eclipsaba su espléndida hermosura. Ante su dulce majestad todos se inclinaron con admiración y respeto, y el rey la declaró su prometida. Un cortesano, empero, hacía signos muy significativos con la cabeza y susurró al oído del rey que aquella hada habitante del bosque era seguramente una hechicera, que el esplendor de su belleza era ficticio y que quería apoderarse del corazón del monarca con malos designios.

El rey no dió oídos a estas sospechas y ordenó que tocasen las bocinas y atabales. Se sentaron a la mesa, los manjares más exquisitos se sirvieron en vajilla de oro y plata. Luego, seductoras bailarinas ejecutaron graciosas danzas. Elisa continuaba insensible a cuanto la rodeaba; no se sonrió siquiera una vez; parecía la estatua del dolor. La condujeron por jardines magníficos que despedían aromas embriagadores y visitó nuevos salones más suntuosos aún que los otros. Sus ojos no se animaron tampoco a la vista de tanta maravilla.

Entonces la llevaron a las habitaciones que le habían sido designadas para su morada definitiva. Había una pieza algo sombría, que el rey había hecho tapizar de verde para que se pareciese a la cueva; en el suelo se

veía el lío de cáñamo y ortigas, y colgada de la pared la túnica terminada ya. Uno de los cazadores del séquito del rey había tomado todo aquello por curiosidad, o más bien para captarse la bondad de su futura soberana.

—En este aposento—dijo el rey a Elisa—, puedes hacerte la ilusión de que habitas aún la cueva donde te he encontrado. Aquí tienes el trabajo en que te ocupabas. En medio de las magnificencias que te rodean, te será grato este recuerdo del pasado.

A la vista de lo único que conmovía su corazón, el semblante de la joven se animó y sus labios dibujaron una sonrisa; la sangre afluyó a sus mejillas, que la tristeza había empalidecido.

Besó la mano del rey en señal de agradecimiento. La idea de que podía seguir trabajando en favor de sus hermanos la transfiguraba; aumentó la admiración de los asistentes y el rey fijó el día solemne en que se verificarían las bodas reales. Las campanas anunciaron con sus alegres repiques, que la hermosa joven muda, la supuesta hija de la selva, iba a ser la soberana del más importante reino del mundo.

El cortesano, cada vez más hostil a Elisa, continuaba deslizándose al oído del rey palabras de desconfianza; pero no llegaban al corazón del monarca. Llegó el día de la boda y hubo una magnífica fiesta. El gran sacerdote puso sobre las sienes de Elisa la corona real y, como era de rigor, la hundió mucho para hacerla daño; pero la nueva reina apenas sintió este dolor; su corazón estaba oprimido por el pesar de no saber nada de sus hermanos.

El rey no escatimaba medios para calmar sus pesadumbres y la otorgaba las más delicadas atenciones para distraerla. Elisa lo notó, al fin, y le dió las gracias con dulces miradas de gratitud: le amaba verdaderamente.

¡Cuánto hubiera deseado poder confiarse a él y contarle su pena y su martirio!

Pero no podía proferir palabra, so pena de hacer morir a sus hermanos; así, pues, debía permanecer muda, sin exhalar siquiera una exclamación.

Por la noche se deslizaba silenciosamente en la habitación que simulaba la cueva y allí continuaba su trabajo. Adelantaba mucho; había terminado ya seis; pero al comenzar la séptima le faltó el cáñamo. No era posible volver a la cueva; pero el hada le había dicho que las ortigas que crecían sobre las sepulturas de los cementerios eran de la misma especie. Tenía, pues, un recurso



para no desesperar. Mas, ¿cómo podría arrancarlas ella misma?

—¿Qué importa—se dijo—la quemazón y el dolor de mis manos y mis pies, en comparación de la angustia que oprime mi corazón? No puedo resistir más; he de



A la entrada vió una horrible compañía de brujas que bailaban una zarabanda infernal... (Pág. 49.)

arriesgarlo todo para llevar a cabo mi empresa. Dios no me retirará su protección.

Desasosegada y temblorosa, como si fuese a cometer un crimen, bajó al parque una noche clara ; lo atravesó, y siguiendo las calles más solitarias y extraviadas llegó hasta el cementerio.

A la entrada vió una horrible compañía de brujas que bailaban una zarabanda infernal ; se despojaron después de sus velos, abrieron una tumba con sus largos y descarnados dedos, sacaron el cadáver, se precipitaron sobre él y comenzaron a devorarlo. Elisa se había detenido paralizada por el espanto ; pero el tiempo apremiaba y pasó al lado de las horribles brujas, que la miraron con ojos de fuego. No desmayó por esto, y sin dejar de orar interiormente, recogió cuantas ortigas halló y regresó furtivamente a palacio.

Pero el cortesano, su encarnizado enemigo, que durante la noche estudiaba los astros, la había visto.

—No me había yo equivocado—se dijo—. Es una hechicera que con maleficios ha seducido al rey, a la corte y al pueblo.

Y se apresuró a contar al rey cuanto había visto. Dos lágrimas corrieron por las mejillas del rey : la duda había penetrado en su corazón. Por la noche fingió que dormía y vió a la reina levantarse cautelosamente y, andando de puntillas, entrar en el aposento verde. La noche siguiente sucedió lo mismo. El rey no podía ya disimular sus sospechas, y su rostro se tornó huraño y sombrío. Elisa notó este cambio, pero no podía adivinar el motivo ; fué para ella un nuevo manantial de temor y de zozobra. La corte, cuando la veían pasar con sus regios atavíos, envidiaba su suerte ; pero la reina, en la soledad de sus habitaciones, lloraba amargamente.

II

Sosteníala la esperanza de terminar pronto su obra. No quedaba más que una túnica que tejer, pero no tenía ya ni ortigas ni cáñamo. Era, pues, absolutamente necesario volver al cementerio y afrontar de nuevo a las asquerosas brujas. No trepidó; tenía plena confianza en la protección divina.

Por segunda vez salió furtivamente de palacio. El rey y el cortesano la siguieron, la vieron entrar en el cementerio y dirigirse hacia las horribles brujas que devoraban un cadáver. El rey no quiso mirar más; se sintió herido en lo más hondo de su corazón y pensó que la dulce joven que tanto amaba era una de aquellas asquerosas brujas.

Enfurecido reunió a los jueces de su corte y les notificó cuanto había visto.

La reina fué condenada a morir en la hoguera.

Trasladáronla de sus espléndidas habitaciones a un calabozo lóbrego y húmedo, en el que entraba el viento por los estrechos barrotes, que cerraban la ventana. Por irrisión la habían dado por lecho el haz de ortigas que había llevado del cementerio y por cobertor las túnicas que había tejido. Del fondo de su alma elevó a Dios una ferviente oración de gracias por haber inspirado esta idea a sus guardianes.

Continuó su trabajo, sin cesar de orar. Los pilluelos de la población se reunieron luego y cantaban ante su prisión palabras ultrajantes contra ella, sin que nadie se acercase a consolarla.

Pero hete que al anochecer oyó ruido de alas contra la ventana del calabozo. Era el más joven de sus her-

manos que acababa de descubrir su paradero. El júbilo de Elisa la puso en el riesgo de lanzar un ¡ay!, pero logró sofocarlo a tiempo. ¿Qué le importaba ahora saber que había de morir al día siguiente? Su obra estaba ya terminada y sus hermanos estaban allí para que ella pudiera libertarlos de su funesto encantamiento.

El cortesano fué a visitarla, como había prometido al rey, para inducirla al arrepentimiento. A cuanto le decía el cortesano, Elisa contestaba con movimientos de cabeza, indicando que deseaba estar sola. El cortesano le prometió que se le haría gracia de la vida si quería confesar su crimen; pero Elisa nada contestó e hizo un gesto de impaciencia. No quería otra cosa sino que la dejaran sola para terminar su trabajo, pues si no lo concluía aquella noche en vano habría sufrido y sus hermanos continuarían encantados.



El cortesano salió al fin del calabozo, después de haberla dirigido las más duras palabras. Elisa no se sintió mortificada por los ultrajes del cortesano, sabiendo que era inocente, y prosiguió su trabajo. Si los hombres

la abandonaban, las ratas, a lo menos, vinieron en su ayuda, llevándola los filamentos de ortiga que había sacado, y un ruiseñor se posó en la ventana y cantó toda la noche sus más sentidas endechas para darla valor y distraer su ánimo.

A la mañana siguiente, antes de la salida del sol, los once príncipes llamaron a las puertas de palacio y pidieron ser conducidos en el acto a la presencia del rey. Respondió el portero que era imposible despertar al rey. Ellos insistieron, suplicaron, amenazaron y siguieron dando golpes en la puerta; al ruido acudió la guardia. El rey, que atormentado por el pesar no podía conciliar el sueño desde la noche del cementerio, salió al fin para informarse de lo que ocurría; pero en aquel momento brilló el primer rayo del sol, los príncipes desaparecieron y once cisnes salvajes se elevaron por encima del palacio.

El pueblo comenzaba a afluir al lugar de la ejecución, pues todos tenían deseos de ver arder a la hechicera. Elisa fué conducida al sitio del suplicio en una mala carreta tirada por un jamelgo moribundo. Vestía la reina una túnica de cañamazo, sus hermosos cabellos servían de marco a su hermoso rostro, que estaba densamente pálido, no por miedo a la muerte, sino por temor de no terminar la última túnica. Seguía trabajando en ella y oraba interiormente con todo el fervor de su corazón amante. Le habían querido quitarle las otras diez, pero se había arrojado a los pies de su carcelero y le había mirado con tanta dulzura y aire suplicante que no se le pudo negar esta última gracia.

El populacho se puso a injuriarla.

—Esa es una infame bruja—gritaba—. Ahora está murmurando algunas palabras mágicas, sin duda para preparar algún maleficio. ¿Por qué le han dejado las manos libres? Quizá, gracias a sus maleficios, conseguirá

salvarse antes de llegar a la hoguera. ¡Vamos, hagámosla pedazos!

Y detuvieron la carreta. Se disponían ya a romper las túnicas, cuando de repente llegaron con estruendo once hermosos cisnes, la rodearon y se pusieron a propinar picotazos y aletazos a derecha e izquierda. El gentío retrocedió espantado.



—Es un aviso del Cielo—dijeron los que no tenían el corazón empedernido—. Seguramente es inocente

Pero no se atrevieron a exponer su pensamiento en voz alta.

Elisa había descendido de la carreta y el verdugo alargaba la mano para asirla y conducirla a la hoguera. Los cisnes la rodean de nuevo, y ella rápidamente les echa las túnicas encima, y al instante aparecieron once príncipes hermosísimos. Sólo el más joven conservaba

en el brazo algunas plumas, porque faltaban a su túnica dos o tres mallas.

—¡ Ahora ya puedo hablar !—exclamó Elisa—. ¡ Soy inocente !

El pueblo, vuelto en sí de su estupefacción, se arrojó ante ella como si fuese una santa ; pero la desventurada princesa cayó desvanecida en brazos de sus hermanos ; la inquietud, el pesar y la alegría se habían sucedido con demasiada rapidez en su alma, y una vez cumplida su obra, no había podido resistir a la emoción.

—Sí, es inocente—dijo el mayor de sus hermanos.

Y refirió la historia de lo ocurrido.

Mientras el príncipe hablaba, un perfume delicioso embalsamó el aire ; todos los troncos de leña dispuestos en la pira donde debía ser quemada Elisa, habían ¡ oh, milagro ! echado raíces y se veían cubiertos de hojas y flores. Eran éstas rosas encarnadas y blancas y en lo alto una flor desconocida que brillaba como una estrella.

El rey, que rebosante de júbilo había acudido al lugar del suceso, tomó esta flor y la colocó en el pecho de Elisa. La princesa volvió en sí en este momento y sus miradas, que iban de sus hermanos al rey, probaban que se sentía recompensada por cuanto había sufrido.

Las campanas de los templos repicaron solas ; llegaron miles de aves canoras, y entonaron una deliciosa sinfonía ; regresaron todos a palacio y se repitieron con más esplendor y alborozo las fiestas de las bodas

BAJO EL SAUCE

I

Los alrededores de la pequeña ciudad de Kjoegé, en Secland, están desprovistos de vegetación, y aunque está situada a orillas del mar, y el mar es una cosa muy hermosa, la playa de Kjoegé podía ser mucho mejor de lo que es. Rodea la ciudad un extenso llano pelado, sin un árbol, y es muy largo el camino que hay que recorrer para llegar al bosque más cercano.

No obstante, siempre se tiene algún apego al país donde se ha nacido, se descubre siempre en él alguna cosa que nos parece encantadora y que con el andar del tiempo, se desea volver a ver aunque se habite en las regiones más deliciosas.

Y en Kjoegé hay, realmente, en la punta de la ciudad, a lo largo del arroyo que desemboca en el mar, algunos jardincillos donde en verano, con tal de poner un poco de su parte, puede uno creerse en el Paraíso.

Esto se imaginaban, en efecto, dos niños de la localidad que jugaban allí después de haberse escurrido entre los groselleros que servían de límite a los jardincillos de sus padres. En el uno había un saúco, en el otro un sauce. Bajo este árbol es donde estaban los niños. Les permitían estar bajo el sauce, aunque estuviese muy cerca del arroyo y pudieran caerse al agua; pero el ojo de Dios vigila a los niños y sobre ellos vela.

Por otra parte, los dos niños tenían mucho cuidado con el agua. El niño, sobre todo, tenía tanto miedo al agua que, durante el verano, en la playa, no había me-

dio de hacerle entrar en el mar en el que tanto les gusta a los niños bañarse. Se burlaban de él, y tenía que soportar pacientemente las burlas. Pero Juana, su compañera, soñó una vez que bogaba en una barca, y que Canuto, éste era su nombre, adelantaba hacia ella; y el agua le llegó hasta el cuello, luego por encima de la cabeza, y acabó por desaparecer. Desde que Canuto supo este sueño, no soportó más las burlas de los otros niños. Había ido al agua, y Juana le había visto en sueños. A decir verdad, no se aventuró nunca; pero estaba orgulloso de lo que había hecho en el sueño de su amiga.

Sus padres, que eran pobres, se visitaban con frecuencia. Canuto y Juana jugaban a menudo en los jardines y en la carretera a cuyas orillas había dos hileras de sauces. Los árboles tenían mala cara con sus copas peladas; pero no habían sido plantados sino por provecho. El sauce secular del jardincillo era más hermoso, y sus largas ramas formaban un toldo en el que los dos niños se introducían con placer.

En el centro de la ciudad hay una plaza grande donde se efectúa el mercado. En los días de feria se veían largas calles formadas por tiendas y barracas llenas de objetos de bisutería, juguetes y todo lo que es posible imaginar. El gentío era numeroso. Entre las barracas había una de turrón, y lo mejor del cuento es que el turronero se hospedaba, durante la feria, en casa de los padres de Canuto. Este tomaba de vez en cuando algún pedazo de turrón y, como era natural, Juana recibía su parte.

Pero lo que es tal vez más divertido, es que el turronero sabía toda clase de cuentos, hasta sobre sus turrones y almendrados. Una noche, narró uno que produjo tan profunda impresión en los niños, que nunca lo ol-

vidaron. Conviene, pues, que lo oigan ustedes, tanto más cuanto que es corto.

—Tenía en mi establecimiento — dijo el turroneiro— dos figuras que había hecho con pasta de almendrado; la una representaba un hombre con sombrero, y la otra una dama sin él. Tan sólo por un lado tenían figura hu-



mana, no se debían mirar por el otro, cosa que sucede también con otros personajes, cuyo revés no es prudente observar. El hombre tenía al costado izquierdo una almendra amarga, que era su corazón. La joven era toda ella de miel. Servían de modelos en el escaparate de mi establecimiento, y permanecieron allí tanto tiempo que acabaron por amarse. Pero nada se dijeron, y era indispensable que se dijese algo si querían que su ternura tuviese algún resultado.

»Opinaba ella que al hombre le tocaba decir la primera palabra. Se habría contentado con saber si correspondía a su cariño.

»Las ideas del hombre eran más vastas, como lo son de ordinario las del sexo varonil. Pensaba que era un chico de buen ver y que poseía algún dinero para comprar a la joven y comérsela.

»Transcurrieron varios días, y a la larga se secaron. La joven, que tenía ideas de mujer hecha, dijo :

»—He sido muy feliz permaneciendo tanto tiempo a su lado.

»Y se abrió en dos y murió.

»—Si hubiese conocido el amor que la profesaba — dijo el otro—, habría podido soportar la existencia.

»Esta es la historia y éstos son los héroes—dijo el turronero mostrándoles los muñecos—. Son dos personajes y prueban que el amor platónico es una simpleza. Tomen, se los regalo.»

Dió a Juana el hombre entero, y Canuto recibió a la

señorita partida en dos trozos. Pero los niños estaban tan conmovidos, que no se atrevieron a llevárselos a la boca.

Los transportaron al día siguiente al cementerio. Se



sentaron junto a la iglesia, pusieron los dos muñecos en una hornacina, entre la hiedra que en todo tiempo tapiza las paredes del templo, y relataron a los otros niños la historia del amor platónico que a nada conduce.

Mucho gustó el cuento; pero, cuando quisieron mirar de nuevo a la desventurada pareja, la señorita había desaparecido; un muchacho se la había metido entre pecho y espalda. Canuto y Juana lloraron mucho, y sin duda, para no dejar solo en el mundo al héroe, se lo comieron también; pero nunca olvidaron el cuento.

Siguieron jugando bajo el saúco y bajo el sauce. La niña cantaba canciones con argentina voz. Canuto no cantaba, pero sabía de memoria los versos, y suplía con esto su falta de voz. Los vecinos de Kjoegé, hasta la quincallera, que había residido algún tiempo en la capital, se paraban para oír cantar a Juana.

—Esta niña — decía la tendera — tiene una voz verdaderamente preciosa.

Días felices eran éstos, pero duraron poco. Las dos familias hubieron de separarse. La madre de Juana murió, y su padre se trasladó a la capital, donde volvió a casarse; allí, según le habían dicho, podría ganar su subsistencia, siendo mandadero en una buena casa, empleo lucrativo que le prometían. El día de la despedida los niños rompieron a sollozar y prometieron escribirse al menos una vez al año.

II

Canuto entró como aprendiz en casa de un zapatero, siendo ya grandecito. Entonces recibió la confirmación. ¡Cuánto habría deseado aquel día estar en Copenhague al lado de Juanita! Nunca había visto la capital a pesar de que sólo distaba cinco millas del pueblo. Cuando

el tiempo era claro, Canuto veía, allende el golfo, las torres de Copenhague, y el día de su confirmación divisó claramente hasta la cruz dorada de la iglesia de Nuestra Señora.

¿Le habría olvidado Juana? No; al acercarse la Navidad, llegó una carta de su padre anunciando que prosperaban y que Juana, sobre todo, podía esperar un gran porvenir a causa de su hermosa voz. Era ya corista en la Opera. Ella enviaba un escudo a sus antiguos vecinos de Kjoegé para que celebrasen la noche de Navidad. Les suplicaba bebiesen a su salud; esto lo había escrito después de la firma, y además esta línea:

«Mis afectuosos recuerdos a Canuto.»

Toda la familia lloró de alegría al recibo de esta carta. Juana había ocupado siempre el pensamiento de Canuto, y ahora veía que Juana se acordaba también de él. Cuanto más se acercaba la época en que debía pasar de aprendiz a oficial, más evidente le parecía que Juana debía ser su esposa. Esta idea le sonreía y le entusiasmaba de tal manera, que un día, en el paroxismo de su regocijo, se traspasó el dedo con la lezna. Se decía que no se quedaría mudo, pues la historia de los muñecos del turroneo le serviría de lección.

Ya es oficial. Llevando la mochila al hombro, va por primera vez camino de la ciudad, donde está ajustado. ¡Qué sorpresa y alegría experimentará Juana! Ella tiene ahora diez y siete años, él, diez y nueve.

Quiso comprarla en Kjoegé una sortija, pero reflexionó que las encontraría más bonitas en Copenhague. Se despidió de sus padres, y un día lluvioso del otoño salió a pie de su ciudad natal. Llegó calado a Copenhague y fué a casa de su maestro.

El primer domingo se puso su traje de fiesta y un sombrero que le sentaba muy bien y se fué a visitar al padre de Juana. Comenzó a subir escaleras y creyó que

iba a darle el vértigo. No podía comprender cómo están las personas empingorotadas unas encima de otras en la terrible capital.

En la pieza, donde el padre de Juana le recibió cordialmente, todo respiraba comodidad. Su nueva esposa no conocía a Canuto; le ofreció sin embargo una mano y una buena taza de café.

—Juana se alegrará mucho de verte — dijo el padre—. Eres un gallardo joven. Vas a verla. Es una hija que me tiene orgulloso de ella y me tendrá más aún con la ayuda de Dios. Tiene aquí un cuarto para ella sola, y paga el alquiler de todo el piso.

El buen hombre llamó y entraron en la habitación de Juana. Todo era encantador en aquel cuartito. Canuto pensó que nada mejor se podría encontrar en palacio; había alfombras, cortinas, un sillón de terciopelo, flores y cuadros, y un espejo tan grande como una puerta.

Canuto miró todo esto sin verlo, pues sólo tenía ojos para Juana, que se encontraba delante de él. Estaba muy cambiada, más hermosa de lo que Canuto creía. Tenía un aire distinguido e imponente. Pasada la primera impresión, se arrojó en brazos del joven, y si no le besó la faltó poco.

La alegría de ver a su amigo de infancia la emocionó hasta el punto de que las lágrimas humedecieron sus ojos. Le hizo mil preguntas. Se informó de la salud de sus padres, de los árboles, el «tío Sauce» y el «tío Saúco», como llamaban a los árboles bajo los que jugaban, como si fuesen seres animados.

—Y bien mirado, ¿por qué no tendrían vida—dijo Juana—, puesto que en aquellos años se animaban hasta las muñecas de almendrado y miel, según un cuento que ahora recuerdo?

Juana no había olvidado el cuento y se rió a carca-



jadas. En cuanto a Canuto se puso encendido, sintió su corazón latir con violencia y dijo para sus adentros :

—Felizmente no se ha vuelto altiva.

Por indicación de ella también, y esto lo notó el joven, fué que sus padres le convidaron a pasar con ellos la velada. Más tarde Juana leyó, y creyó Canuto que el libro hablaba de su amor, tanto se asimilaban las ideas del autor con las suyas. Cantó luego una canción muy sencilla, pero Canuto la tomó por un poema en el que se desarrollaban todos los pensamientos de la joven. Era seguro que amaba a Canuto ; el joven lloró a esta idea. No acertaba a pronunciar una palabra, le parecía que se abobaba ; empero ella le estrechó la mano y le dijo :

—Tienes un corazón excelente, Canuto ; no cambies.

Velada sin igual fué ésta, que no dejó a Canuto dormir en toda la noche.

En el momento de despedirse, el padre de Juana le había dicho :

—Ya sabes dónde vivimos ; supongo que no será ésta la última visita que nos hagas durante el invierno.

Canuto creía, pues, que debía volver el domingo siguiente. Empero, terminado el trabajo, salía y pasaba, maquinalmente, por la calle en que Juana vivía. Una vez vió la sombra de la joven detrás de los visillos de la ventana. ¡ Qué momento tan delicioso ! La maestra no estaba muy contenta con estas salidas nocturnas. El maestro se sonreía y decía :

—Es muy joven, son cosas de la edad.

—El domingo nos veremos—pensaba Canuto—, y le diré que la amo y que quiero hacerla mi esposa. Soy oficial de zapatero, pero seré maestro y tendré mucha clientela. Sí, la hablaré con franqueza. El amor platónico no conduce a nada. Acaso, ¿ no lo sé por los muñecos ?

Llegó el domingo y se presentó Canuto, pero todos sus amigos estaban invitados a comer fuera de casa. Juana prometió a Canuto mandarle una entrada para el teatro el miércoles próximo, día en que ella cantaba.

El miércoles recibió, en efecto, la entrada. Canuto fué al teatro y vió a Juana. ¡ Qué hermosa estaba ! La casaban con un extranjero, es cierto, pero era un matrimonio fingido. Todo el mundo aplaudía. Sí, hasta el rey sonreía a Juana, manifestándole la satisfacción que su canto le causaba. Canuto se sentía muy poca cosa.

—Pero me ama, la amo yo—se decía—, y el amor lo iguala todo. No obstante, el hombre debe decir la primera palabra. ¡ La historia de los muñecos lo dice !

El domingo siguiente fué a casa de sus amigos. Juana estaba sola, lo que era un indicio favorable.

—Has hecho bien en venir—dijo— ; quería enviarte a mi padre, pero tenía el presentimiento de verte. Ten-

go que comunicarte que el viernes me marchó a Francia; es muy conveniente para llegar a ser una buena actriz.

Canuto creyó que el techo le caía encima. Su corazón iba a romperse en mil pedazos. No lloró, pero se veía claramente cuán hondo era su pesar.

—¡Eres muy bueno y fiel!—dijo Juana.

Esto desató la lengua de Canuto. Le dijo cuánto la amaba, pero ella palideció desde la primera palabra. Le soltó la mano y le dijo con acento triste:

—No te hagas desgraciado, Canuto, y no me hagas desgraciada. Toda la vida seré para ti una buena hermana en la que puedas confiar, pero nada más. Dios nos da fuerzas para vencer las cosas por difíciles que sean, con tal que tengamos voluntad y valor.

En esto entró la madrastra en la habitación.

—Canuto está desesperado—dijo Juana—, porque me voy de viaje. ¡Hay que ser hombre!

Al hablar así mentía, dando a entender que sólo habían hablado del viaje.

—Eres un niño — prosiguió—, es preciso que seas bueno y razonable como en otro tiempo, bajo el sauce.

Canuto no sabía lo que le pasaba. Juana cantó, pero su voz no llegaba al corazón de Canuto como otras veces. Luego se separaron. Canuto no tendió su mano a Juana. Esta lo notó y dijo:

—¿No das la mano a tu hermana, en el momento de despedirte, mi buen amigo de infancia?

Y le sonreía al través de las copiosas lágrimas que bañaban sus mejillas y le llamó de nuevo «hermano». Triste consuelo era éste. Tal fué la despedida.



Le dijo cuánto la amaba, pero ella palideció desde la primera palabra. (Pág. 64.)

III

Juana marchó a Francia. Todos los días, Canuto paseaba durante largas horas por las calles de Copenhague. Sus compañeros de taller trataron de distraerle y le llevaron a un baile. Allí había muchas jóvenes, pero ninguna como Juana.

—Dios nos da fuerzas — se dijo—, con tal que tengamos voluntad y ánimo.

Recordaba esta palabra y le inspiraba sentimiento de piedad. Las jóvenes bailaron una danza y Canuto se estremeció. Estaba en un sitio al que no hubiera osado llevar a Juana, y, sin embargo, la joven estaba allí, pues la llevaba él en su corazón. Corrió y pasó por la calle en que había vivido. Todo estaba sombrío y desierto.

Llegó el invierno y las aguas se helaron. Pero, cuando volvió el verano y el primer buque de vapor se hizo a la mar, Canuto sintió el deseo de viajar, lejos, muy lejos.

Lió su petate y comenzó a recorrer la Alemania, de ciudad en ciudad, sin detenerse en ninguna parte. Sólo cuando llegó a la ciudad de Nuremberg, determinó establecerse en ella.

Nuremberg es una ciudad singular que parece una lámina recortada de algún cronicón iluminado. Las calles se retuercen como sierpes; las casas aborrecen la línea recta y todo son torreoncillos y campanarios; en las paredes, guarnecidas de extrañas esculturas, hay grandes estatuas.

Canuto se detuvo en la plaza del mercado, junto a una fuente de bronce adornada con estatuas de personajes

bíblicos e históricos, una sirvienta tomaba agua, y como Canuto tenía sed, le dió de beber y le regaló además una rosa de un ramo que llevaba en la mano. Esto fué para el joven señal de buen agüero.

Oyó el sonido de un órgano que le recordó su país. Penetró en la iglesia, oró, y la paz y la serenidad volvieron a su corazón.

Los antiguos fosos que rodean la ciudad están convertidos en huertos; pero las altas murallas continúan de pie. El camino cubierto existe aún. En las grietas



de las murallas crecen los saúcos levantando sus ramas por encima de las casitas bajas pegadas a las fortificaciones. En una de estas casitas habita el nuevo maestro de Canuto, y un magnífico saúco alargaba sus ramas hasta la buhardilla en que el joven tenía su habitación.

Canuto permaneció allí todo el invierno; pero, cuando floreció el saúco, no pudo resistir más. Aquel saúco

florido le hacía recordar el del jardincillo de Kjoegé, y dejó su taller para buscar otro en el interior de la ciudad, donde no hubiese árbol alguno. La casa de su nuevo maestro estaba cerca de un puente que pasaba sobre un arroyuelo; no había allí saúcos, pero se alzaba un sauce que echaba sus raíces en la casa, y cuyas ramas se bañaban en el arroyo, como el del jardín de Kjoegé.

Canuto no pudo permanecer allí tampoco. ¿Cuál era la causa? Pregúntenlo ustedes al sauce, pregúntenlo al saúco en flor.

Se despidió de su maestro y dejó la ciudad. A nadie hablaba de Juana. Conservaba su pesar en el fondo de su corazón. Recordaba a veces la historia de los muñecos, y comprendía mejor que nunca su profundo sentido: el muñeco tenía en su lado izquierdo una almendra amarga, el corazón de Canuto estaba también lleno de amargura. Al contrario, Juana siempre tan dulce y afectuosa, ¿no era toda de miel como la heroína del cuento?

Este pensamiento oprimía su corazón. Creyó que le apretaba la correa de su mochila, pero de nada le sirvió el aflojarla. Vivía en dos mundos: uno el exterior, otro dentro de su pecho; es el en que moraba habitualmente.

Sólo al ver las altas montañas, su espíritu se fijó en las cosas que le rodeaban. Eran los Alpes que le parecieron las alas plegadas de la tierra. Cruzó un país que le pareció un hermosísimo huerto. Desde los balcones, las jóvenes que hilaban el cáñamo, le saludaban y él respondía a los saludos, pero sin decir ninguna palabra alegre como los mozos de su edad.

Cuando divisó los lagos de verdosas aguas recordó las del mar que baña la playa en que había nacido y la bahía profunda de Kjoegé. La tristeza invadió su alma, pero aquello no era ya dolor.

Vió el Rhin precipitarse de lo alto de una roca en millones de gotas y pensó en el impetuoso arroyo de

Kjoegé. El recuerdo del sitio de su nacimiento le perseguía siempre. Pasó las cimas nevadas en que florecen las rosas de los Alpes y llegó a campos cubiertos de maíz, de entrelazadas viñas. Montes escarpados le separaban del lugar en que tanto había sufrido.

—Y era bueno que fuese así—se decía Canuto.

IV

Llegó a una gran ciudad que los habitantes llamaban «Milano». Encontró en ella un maestro alemán que le dió trabajo. El maestro era un buen anciano, y la maestra era también buena y vieja. Los dos viejos cobraron cariño al oficial que trabajaba mucho y hablaba poco, y vivía honrada y cristianamente.

Parecía a Canuto que Dios había libertado su cuerpo del peso que le oprimía. Su mayor deseo era subir a la catedral, cuyo mármol blanco era como la nieve de su país. Subía entre torreoncillos puntiagudos, campaniles y arcadas; encima, el cielo; a sus pies la ciudad y más allá, la inmensa llanura de Lombardía rodeada de montañas. Pensaba en la iglesia de Kjoegé, que no admitía comparación con la de Milán; no quería volver allí; quería ser enterrado aquí, detrás de las montañas.

Había transcurrido un año desde que llegó a Milán y tres desde que salió de su patria. Cierta día, para distraerlo, su maestro le llevó al teatro de la Scala. Era mucho más bonito aquel teatro que el de Copenhague; pero en el de Copenhague estaba Juana.

¡Mas también estaba en éste! Sí, tal, se habría dicho cosa de encantamiento. Se levantó el telón y Juana se presentó con una túnica de seda cuajada de pedrerías y con una corona de oro en la cabeza. Cantó como los propios ángeles del Cielo. Adelantó al proscenio y

sonrió como sólo Juana sabía sonreír. Miraba precisamente a Canuto. El pobre joven tomó una mano de su maestro y gritó:

—¡Juana!

Pero sólo le oyó el viejo, pues la música sofocó su voz.

Y el maestro respondió:

—Efectivamente, ése es su nombre, Juana.

Y sacando un programa impreso, se lo señaló.

El público estaba entusiasmado; el escenario se veía cubierto de coronas y ramilletes, y cada vez que la actriz desaparecía, el público la llamaba con sus aplausos y era preciso que volviese a salir para saludar y dar las gracias.

A la salida, el público desenganchó los caballos de su carruaje y tiró de él. Canuto estaba en primera fila. Cuando llegaron a la casa donde se hospedaba Juana, se puso al lado de la portezuela, y al bajar la joven, que sonreía a todo el mundo, la miró atentamente. Ella también le miró, pero sin conocerlo. Un hombre que llevaba en el pecho una placa de brillantes se acercó y la ofreció su brazo.

—Es su prometido—decían entre la gente.

Canuto volvió a su casa y preparó su mochila. Era absolutamente necesario que volviese a su patria, al lado del sauce, al lado del saúco. Bajo el sauce, en una hora, un hombre puede repasar en sueños toda su vida.

Varias fueron las súplicas de su maestro para hacerle desistir de su propósito, pero nada le hizo comprender que se acercaba el invierno, que ya nevaba en las montañas.

—Los carros—respondió—se abrirán paso, y por la huella que dejen sus ruedas encontraré mi camino.

Con la mochila a la espalda y el palo en la mano se dirigió hacia las montañas. Las subió y las bajó. Sus fuerzas se agotaban y no divisaba aún aldea, ni casa.



En el fondo veía estrellas como encima de su cabeza ; le parecía que el cielo tocaba a la tierra. Estaba enfermo; sus piernas vacilaban. Las estrellas del fondo del valle eran las luces de una aldea. Cuando Canuto lo reconoció, reunió sus últimas fuerzas y consiguió llegar a una modesta posada, donde permaneció aquella noche y el día siguiente, pues estaba necesitado de reposo y de cuidados. Deshelaba y llovía en el valle. Por la mañana un hombre se pre-

sentó con una gaita y ejecutó una pieza que recordaba una canción danesa. Canuto no pudo permanecer más

allí y prosiguió su camino, como si temiese que todo el mundo hubiese muerto en Kjoegé antes de que él llegase.

A nadie decía palabra de lo que le sucedía. Nadie adivinaba la causa de su pesar, que era, no obstante, el más profundo que pueda experimentar un hombre. Semejante sufrimiento no interesaba a nadie, ni aun a los propios amigos, dado caso de tenerlos, que Canuto no los tenía.

Por la noche nevó de nuevo. El país era llano. En la carretera se alzaba un gran sauce. Todo tenía un aspecto que recordaba a Canuto su país natal. Se sentó debajo del árbol; estaba muy rendido, reclinó la cabeza y sus ojos se cerraron para el sueño.

Esto no le impidió notar que el sauce bajaba sus ramas para cubrirle. El árbol le pareció un poderoso anciano. Efectivamente, el árbol secular, era el «tío Sauce», que le llevó en sus brazos a su patria, a Kjoegé. Sí, era el «tío Sauce», que recorriendo el mundo en busca de su Canuto le había encontrado al fin, y le llevaba al jardincillo donde estaba Juana, con su corona de oro en la cabeza, que le decía:

—¡ Bien venido seas !

También había dos figuras singulares delante de él. Las conocía desde su infancia. Eran los muñecos del cuento.

—Te estamos muy reconocidos—le dijeron—, por habernos enseñado que cuando dos personas se aman es preciso que se lo digan. Ahora somos prometidos esposos.

Fué con Juana y los muñecos a la iglesia, donde el cura les unió en matrimonio. Juana lloraba, pues el hielo de su corazón se derretía al contacto del ardiente corazón de Canuto. Se despertó éste entonces y se halló bajo el añoso sauce, en el suelo extranjero, en una fría

noche de invierno, recibiendo en su rostro los azotes del granizo.

—Esta hora ha sido la más feliz de mi vida—se dijo—, y era un sueño. ¡Dios mío, déjame soñar siempre así!

Cerró los ojos, se durmió y soñó.

Al amanecer, los vecinos de las aldeas encontraron el cuerpo de un hombre cubierto por la nieve. Era el cadáver de Canuto. Había muerto de frío, bajo el sauce.

LA MARGARITA

En las afueras de la ciudad, en el campo y próxima a la carretera hay una quinta que has visto seguramente. Hay delante de ella un jardín lleno de flores que rodea una verja pintada; sigue luego un foso en el que brota un césped y en medio del césped una planta de margaritas.

El sol le prodigaba sus tibios rayos lo mismo que las plantas más delicadas del jardín y, por lo tanto, diríase que se veía crecer. Una mañana se abrió la flor y sus hojitas de un blanco brillante se extendían como rayos del sol amarillo que formaba su corazón. No se fijó en que nadie reparaba en ella y que era una flor despreciada; nada de eso, se alegró francamente de vivir, y se volvió con gratitud hacia el sol, oyendo emocionada el canto de las alondras.

Aunque era lunes, la margarita estaba contenta como si fuese día de fiesta. Los niños estaban en la escuela y mientras ellos sentados en sus bancos estudiaban sus lecciones, ella aprendía a conocer la bondad de Dios por el sol y por la Naturaleza; toda la gratitud que sentía en su corazón sin poder expresarla, la manifestaba la alondra con su bonito canto. La margarita miraba como una especie de veneración el ave canora, pero sin sentir envidia por no saber cantar como ella.

—Siento y veo—se dijo—, me calienta el sol y me acaricia blandamente la brisa; ¡cuántas criaturas existen con destino menos feliz!

Del otro lado de la verja había numerosas flores distinguidas que se mantenían tías, y más altivas cuanto

menos aroma desprendían. Las peonías se inflaban cuanto podían para ser mayores que las rosas, como si fuese el tamaño lo que constituye la belleza. Los tulipanes brillaban con los más vivos colores; los había y se erguían para ser vistos. No se dignaron mirar una vez siquiera a la humilde margarita, que lo contemplaba con respeto y se decía:

—¡Cómo brillan! ¡qué ricos y variados colores! Seguramente vuela hacia ellos el hermoso pájaro que veo descender de las nubes. ¡Dios sea loado por haberme colocado cerca de ellos, para que así pueda yo admirar a mis anchas tan preciosa ave!

Efectivamente, la alondra bajó de las nubes, con repetidos «¡querevit, querevit!», pero no tomó tierra junto a las peonías y los tulipanes; no traspuso la verja, y dando saltitos dió una vuelta alrededor de la pobre margarita. Esta no cabía en sí de gozo y no sabía qué pensar.

El pajarillo continuaba saltando alegremente y cantaba:

—¡Qué fresca está la hierba! ¡qué preciosa florecilla de corazón de oro y corona de plata!

Imposible sería describir el júbilo de la margarita, sobre todo cuando la alondra, acariciándola con su pico, le cantó una serie de «querevits», deliciosamente modulados.

Remontó luego su vuelo sin haberse detenido cerca de ninguna otra flor.

Transcurrió más de un cuarto de hora antes que la encantada margarita volviese en sí de su éxtasis, y miró luego con interior satisfacción las flores que habían sido testigos del honor que le habían hecho.

Los tulipanes mostráronse más desdeñosos que antes; habíanse afilado sus pétalos y tenían grandes manchas purpúreas; es que les devoraban por haber sido

preferidos a una florecilla insignificante. Las peonías se inflaron más, si cabe, que era un modo de manifestar su disgusto.

La margarita se dió cuenta del mal humor de sus vecinas y esto la contrarió mucho. Pero hete que llega una joven armada de una tijera de podar muy reluciente, corta los tulipanes y se los lleva.

—¡ Oh ! ¡ es horrible ser segada así en la primavera de la vida !—dijo la margarita—. Soy muy feliz vivien-



do medio oculta entre la hierba y menospreciada de todos.

Llegó la noche, la florecilla plegó sus pétalos, se durmió y soñó con la alondra.

A la mañana siguiente, cuando de nuevo extendió sus hojas, la margarita reconoció el acento del ave ;

¡pero qué triste era su canto! La pobre alondra había sido apresada y encerrada en una jaula, que pusieron sobre el alféizar de la ventana. Cantó con tristeza su vida libre, cruzando los aires con la rapidez de la flecha y jugueteando luego en las verdegueantes praderas. ¡Qué cambio tan cruel!

La preciosa margarita hubiera querido auxiliar al pajarillo, al que era deudora del momento más feliz de su vida. No pensaba ya en lo templado del ambiente ni en la alegría que reinaba en toda la Naturaleza; toda su atención estaba fija en los medios que podría utilizar para aliviar el pesar de la pobre prisionera; pero no encontraba ninguno a propósito.

De repente entraron en el jardín dos muchachos armados de un cuchillo tan afilado y reluciente como la podadera que había cortado los tulipanes. Llegaron junto a la margarita, que no podía comprender lo que querían.

—Mira—dijo uno de los muchachos—; aquí hay un bonito césped, que voy a cortar para dárselo a la alondra.

Y empezó a cortar el césped alrededor de la margarita, e hicieron un manojo, con la flor en medio.

—Tira esa flor—dijo el otro chicuelo.

Y la margarita tembló de emoción no tanto por perder la vida, sino porque entreveía y perdía a la vez la probabilidad de llegar hasta la prisionera.

—No, déjala—replicó el otro muchacho—. Está bien ahí.

Y la margarita fué colocada con el césped en la jaula de la alondra.

El infeliz pajarillo piaba melancólicamente, y batía las alas contra los alambres de su cárcel. La margarita sintió envidia por primera vez en su vida; envidió a

las criaturas que hablan, pues hubiera deseado consolar a la desgraciada cautiva.

Así pasó toda la mañana.

—No hay aquí una gota de agua—murmuró la alondra—. Todos se han marchado sin acordarse de darme de beber. Tengo la garganta abrasada y tiemblo. ¡Qué pesado es el aire! ¿Habré de morir ya, abandonar la espléndida Naturaleza, el fresco follaje, el resplandor del sol?

Picoteó el césped que había conservado alguna humedad y se sintió aliviada. Entonces se fijaron sus ojos en la margarita, la hizo una señal con la cabeza y la acarició.

—¡Tú también te secarás en esta prisión, pobre florecilla! Mueres por mi causa. Te han metido aquí con el césped para que hagas las veces de ese campo inmenso en el que me movía a mi antojo.

—¿Por qué no podré endulzar tu pena?—dijo la margarita.

Pero no pudo hacer otra cosa sino aumentar el aroma fino y penetrante que despide su corola. Notólo la alondra, y aunque en su desesperación picoteaba con furia la hierba, respetó a la flor.

Anocheció y nadie llevó a la alondra un poco de agua. Al fin el pajarillo agitó convulsivamente sus alas, dejó oír un triste «pío-pío», dobló su cabecita y murió de pena y de sed.

La margarita no pudo plegar sus pétalos y dormir. Se inclinaba hacia la tierra, agostada y mustia.

A la mañana siguiente vinieron los dos muchachos y derramaron abundantes lágrimas al ver exánime el cuerpo de su víctima. Abrieron luego en el jardín un hoyo que adornaron con flores y enterraron en él a la alondra, metida en una cajita de palisandro forrada de seda.

Los funerales fueron espléndidos. Mientras vivió el pájaro, le dejaron abandonado; ahora que estaba muerto, le lloraban y enterraban con pompa.

El césped y la margarita fueron arrojados al polvo de la carretera. Nadie tuvo atenciones para la florecilla, la tierna amiga de la alondra que por ella sacrificó su vida.

FIN



LIT. INF. - CUENTOS
AUT. DANESSES
LIT. INF. DANESA - CUE
CUENTO INF. DAN

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La picara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negra, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.